

ANT
XIX
1270/4

PEQUEÑA HIGIENE

6

APUNTES PARA UNA FILOSOFÍA

• POR

A. JOVER CONDE



CÓRDOBA

IMPRESA Y LIBRERÍA DEL «DIARIO»

Letrados 18 y San Fernando 34.

1896

797
H6E

JOVER COMDE, (n.). - Pequena lição:
apontes para uma filosofia. 4^o 98 pag.
Córdoba, 1896

Ptas.

50

R. 41973



PEQUEÑA HIGIENE

ó

APUNTES PARA UNA FILOSOFÍA

POR

A. JOVER CONDE



CÓRDOBA

IMPRESA Y LIBRERÍA DEL «DIARIO»

Letrados 18 y San Fernando 34.

1896

Al Ilmo. Sr.

Don Rafael Conde y Puque,

Catedrático de la Universidad Central de Madrid,

Dedica esta pequeña obra como humilde testimonio de cariño y admiración, su sobrino

A. J. C.



PRÓLOGO

La senda del bien es al propio tiempo el camino de la felicidad. Hé aquí cuanto se propone hacer ver este folleto en una série de pequeños é incorrectos artículos.

El que conozca á fondo las miserias y falsedades del mundo; el que vea claramente las aberraciones de nuestra sociedad; el que más de una vez haya derramado una lágrima de tristeza ante las mezquindades que le rodean; el que mire con desprecio las acusaciones injustas de los hombres; el que permanezca frio ó indiferente ante el oropel que deslumbra á los necios, ese será amigo del autor de estas líneas y ese ha de encontrar, seguramente, entre los

artículos que forman esta pequeña obra, algo que le agrade, como agrada siempre cuanto es reflejo fiel de nuestros pensamientos y de nuestro modo de sentir.

Si mis amigos consiguen un rato de íntima satisfacción al recorrer estas páginas y el público mira con benevolencia este libro, quedarán satisfechos los deseos de

EL AUTOR.



PEQUEÑA HIGIENE

PRELIMINARES

ARTÍCULO I

La paz del alma.

Deber principal es en el hombre conservar la salud de su cuerpo, librándole de los peligros y defendiéndole de las enfermedades; pero es aún más importante para nosotros dirigir nuestra alma por el camino del bien, moderar nuestros ímpetus con la sana razón y marchando con serenidad y prudencia por el sendero de la vida, lograr aquí la dicha que nace del bien obrar, única felicidad á que debe aspirar el hombre en la tierra.

Enfermedades acometen con frecuencia á nuestra alma, más terribles aún que las que

suelen apoderarse del cuerpo; desdichas, innumerables calamidades suelen afligir á algunos individuos que, desdeñando los sábios preceptos de la moral y de la religión, se dejan conducir por sus vicios, por sus caprichos ó sus desenfrenadas pasiones; una vida miserable llena de crueles sufrimientos, el presidio y, á veces, el cadalso, suelen poner fin á la vida de muchos hombres; el remordimiento, la intranquilidad, el hastío ó el tédio de la vida, suelen minar la existencia de otros. Mientras tanto, el hombre de bien, á quien Séneca llama verdadero hijo ó legítimo descendiente de Dios, sigue feliz la senda de la vida, sin pesares, desdichas ni remordimientos, logrando ser dichoso, sea cual fuere su posición social.

Ni los honores, ni el amor, ni el dinero y ninguno de los bienes terrenales, puede hacer feliz al hombre si no acompañan á este la paz del alma y los dulces é interminables encantos de la virtud.

Esta paz del alma, esta tranquilidad de conciencia, no se consigue sino mediante la práctica de obrar bien.

Necesario y aún indispensable le es al hombre conocer los abismos que insensiblemente amenazan á su corazón; estudiar tanto las flaquezas de este como sus más sublimes senti-

mientos, fuentes inagotables de belleza que con su continuo vaivén de alegrías y pesares, recelos y esperanzas, anhelos y dudas, forman el claro-oscuro de la vida.





ARTÍCULO II

Educación psicológica en ambos sexos.

Nada hay que ejerza mayor influencia en el carácter del individuo que la educación de su alma.

Esta influencia es mayor aún en la mujer que en el hombre, por razón de que, siendo aquella menos inteligente y más sensible que este, ha de acoger con mayor ahinco los buenos ó malos consejos, y ha de aprender mejor en las costumbres y ejemplos que viere en su niñez y primera juventud.

Así, pues, precisa que la educación sea en la mujer más esmerada que en el hombre y conforme en ambos con el destino que les trazó el Autor de la Naturaleza.

En los actuales tiempos se descuida generalmente este deber importantísimo para los pa-

dres, especialmente en la educación de las pequeñas. Dejados llevar la mayoría de aquellos del cariño que es natural que tengan á sus hijas, miran como por cristal de aumento las gracias y bellezas de su infancia y primera juventud, y aun celebran como perfecciones ó efectos de inteligencia precoz las manías y exentricidades de las niñas. Estas, que apenas empiezan á vislumbrar el mundo á través de su inocencia, cuando ya no oyen otra cosa de boca de sus padres y parientes que halagadoras adulaciones, y escuchan llamarse á cada momento bonitas, monísimas, saladas y otras frases por el estilo, comienza á llenárseles de humo la cabeza, y de ahí proviene que de jóvenes sean coquetas y caprichosas, y que no teniendo otra aspiración que la de parecer bien, ni más afán que el lujo y las diversiones, pasen el resto de su vida entre el bullicio de las fiestas, la asfixiante atmósfera de los bailes y los espectáculos públicos.

La mayoría de las frivolidades que se observan en las mujeres, son debidas á la mala educación que recibieron en su infancia.

El corazón de la mujer es tierra virgen, en la que fructifica igualmente la buena que la mala semilla: quien siembre vanidad y adulaciones, no espere hallar como fruto virtud y

honradez, sino caprichos, coqueterías y frivolidades, y quien, por el contrario, con sus consejos procure educar el corazón de la niña despertando en él el amor á la virtud y la admiración y entusiasmo por toda idea noble y honrada, tenga como seguro que el día que la niña sea mujer habrá de saber distinguir perfectamente al hombre de buenas cualidades, del saltimbanquis que les adula, y cumpliendo con sus deberes sabrá labrar su felicidad y la del hombre que la eligiera por compañera.

No poco influye también en el carácter del hombre, su régimen de vida y su educación moral.

El hombre educado con recogimiento y sin más distracciones que el estudio, se hace circunspecto, prudente y reflexivo; por el contrario, el que en brazos de la ociosidad se vió desde su primera juventud rodeado de placeres y sin otras ocupaciones que las fiestas, se hace generalmente atrevido y osado, jugador y libertino.

Tan importante como la cultura moral, es la educación intelectual del hombre, aunque este no necesite de sus conocimientos ni de su inteligencia para atender á las necesidades de la vida.

Cada individuo debe profundizar en aquellas materias para las cuales sienta mayor vocación,

pues sabido es que la inteligencia del hombre no se adapta igualmente á toda clase de conocimientos. Hombres muy notables en algunas ciencias suelen ser muy deficientes y hasta nulos para otras, debiendo cada cual seguir sus naturales aspiraciones, pues de lo contrario permanecerían ocultos los más preclaros génios. Si Victor Hugo hubiera cultivado las ciencias exactas, como era conforme á la voluntad de sus padres, no hubiera llegado á figurar entre los primeros literatos del mundo; si Balmes se hubiera dedicado á la poesía, hácia la cual sentía grandísima afición, no hubiera escrito las notables obras filosóficas que el mundo entero admira y que han inmortalizado su nombre.





ARTÍCULO III

El castigo material y el castigo moral.

Habiendo tratado de la educación en el capítulo anterior, creo conveniente hablar ahora del castigo material y del castigo moral, ambos de uso frecuente para educar á los niños.

El castigo material empleado como medio de conseguir la educación intelectual ó moral de los individuos, es un absurdo. El conocido refrán «la letra con sangre entra», es un error que se cree y promulga por muchos, pero que es rechazado por toda persona de mediano criterio.

El castigo material, además de ocasionar (principalmente si es excesivo) muchas enfermedades, adormece la inteligencia, excita el sistema nervioso, y haciendo despertar los malos instintos que existen como en estado latente en

el corazón humano, dá pábulo al crimen, al suicidio y á otros desmanes.

Error frecuente es creer que el niño estudia porque se le maltrata, y que por el castigo material se hace bueno al hombre malvado. Este castigo podrá engendrar en el niño el temor, pero nunca por tal proceder bárbaro se hará amante del estudio al desaplicado, ni religioso y noble al de malos instintos.

Si por este medio se pretende, no ya educar á un niño, sino corregir á un hombre, serán mayores aún los inconvenientes de este detestable sistema.

Los animales irracionales resisten sumisos el castigo material, soportan toda clase de humillaciones y sufrimientos y jamás se les ocurre la idea de sublevación. ¿Sucede lo mismo al hombre?

No: el hombre, como sér dotado de inteligencia, siente arder en su alma la dignidad y el orgullo, ama la justicia y admira la benevolencia, y si el rigor más inhumano se ceba en él, sufre y soporta, pero..... llega al fin un día que ardiendo en indignación proclama su libertad, mata á sus opresores, y si la suerte le fuere adversa apela al suicidio, prefiriendo la muerte á la esclavitud.

Estos hechos, de los cuales está llena la

Historia, nos advierten que no debemos confundir al hombre, por baja que sea su esfera social, con los animales irracionales.

El castigo moral es el único que puede modificar en algo las malas cualidades de los individuos.

Las privaciones, los sufrimientos morales, hacen al hombre pensar y discurrir sobre las ventajas del bien obrar, y por este medio se logra frecuentemente estirpar los vicios. ¡Cuántos hombres al sentir los sufrimientos que traen consigo la ociosidad y el libertinaje, procuran enmendar sus costumbres y llegan á veces á ser individuos honrados y laboriosos!

Dios, como fuente de suprema sabiduría, castiga á los hombres y á las naciones moralmente, haciéndoles caer en la degradación, en las discordias enconadas ó en la más horrible miseria.

Por tanto, la higiene y la moral, de común acuerdo, aconsejan que el castigo material se emplee, si bien moderadamente, con los animales irracionales, considerando el castigo moral como el medio más eficaz y propio para la educación del hombre.





ARTÍCULO IV

Sexos.

Por más que el estudio de estos modificadores de la naturaleza humana corresponde á la Fisiología, daré en esta PEQUEÑA HIGIENE una idea de ellos, por cuanto influyen de una manera notable sobre las facultades del alma.

El hombre y la mujer, los dos sexos que se distinguen en la especie humana, son diferentes entre sí, no solo en cuanto se relaciona con su parte física, sino también en cuanto se refiere á su ser moral ó psicológico.

J. J. Rousseau, en su *Emilio*, dejado llevar más de su ardiente imaginación que de su espíritu filosófico, admite el antiguo error de que en todo son iguales el hombre y la mujer, prescindiendo de ciertos órganos. Seguros estamos de que si hubiera meditado un poco sobre el

asunto, habría variado de opinión aquel notable filósofo.

Hombre y mujer fueron puestos por Dios en la tierra para muy distintos fines, recibiendo cada cual facultades apropiadas para la realización de los designios del Autor de la Naturaleza.

En el punto de vista intelectual, el hombre posee generalmente un grado de raciocinio que la mujer no alcanza; su inteligencia es más vasta, y su reflexión más firme y segura; la mujer es más perspicáz, percibe fácilmente por intuición; pero no puede someter su inteligencia á una meditación larga y sostenida.

En cuanto á la sensibilidad, la mujer es frecuentemente más sensible que el hombre, tanto en su parte física, cuanto en su parte psicológica; pero la vanidad, el amor propio ó las frivolidades, hijos estos defectos de la mala educación, embotan muchas veces el sentimiento de la mujer, haciéndola insensible, interesada, caprichosa ó coqueta.

Respecto á la voluntad, diremos que el hombre es, generalmente, justo en sus resoluciones, prudente y firme en sus propósitos, enérgico y valiente en sus determinaciones; la mujer es más benévola que justa, más ligera que prudente, más voluble que firme, en ocasiones débil y crédula, á veces desconfiada y maliciosa.

Al hombre son inherentes la inteligencia, el valor y la formalidad; á la mujer el sentimiento, la delicadeza y la debilidad de carácter. El primero atrae con la luz de su inteligencia, domina con su energía, triunfa con su valor; la segunda seduce con sus encantos, subyuga con sus ternuras, vence con sus lágrimas.

Los sufrimientos materiales excesivos, los rudos trabajos, el libertinaje y otras circunstancias, suelen modificar el aspecto y aun el carácter de la mujer, haciéndola fuerte y valiente y dada á gustos y aficiones impropias de su sexo. Así mismo, los placeres, las diversiones, las muchas comodidades ó la vida muelle, hacen al hombre perder su aspecto varonil, imprimiendo en su físico y en su moral rasgos de marcada afeminación.





ARTÍCULO V

Edades y temperamentos.

Las edades ó periodos porque atraviesa la vida del hombre se pueden dividir: en *infancia*, desde el nacimiento hasta los siete años; *puericia*, desde los siete hasta los catorce; *adolescencia*, desde los catorce hasta los veinticinco, *virilidad*, desde los veinticinco hasta los cincuenta y siete, y *vejez*, desde esta edad en adelante.

Careciendo el hombre durante el primer periodo de su vida del uso de sus facultades, la infancia se desliza como un sueño breve y tranquilo.

Los muchos cuidados que reclama la delicada naturaleza del niño en esta tierna edad, necesitan de la solicitud y desvelos de una madre cariñosa, sin la que serían muy pocos los hom-

bres que no sucumbirían en este primer periodo de la vida; por eso la Naturaleza, previsora de todo, puso en el corazón de la madre ese amor sin límites, ese cariño grande y profundo, esa solicitud y generoso desinterés que constituyen el verdadero amor maternal.

Empezando el niño ya á distinguir los objetos que le rodean y comenzando á hacer uso, aunque incompleto, de sus facultades, durante la puericia debe empezar la educación á obrar sobre él. Alegre y bullicioso el muchacho, tiene como nota distintiva de su carácter la volubilidad; sus deseos son fugaces, su llanto breve y pronto á trocarse en risa, sus juegos continuos y variados. La menor cosa promueve en él la risa ó hace asomar á sus ojos las lágrimas. En esta edad empieza á vislumbrarse el espíritu elevado ó bajo del muchacho, á través de sus juegos, en los rasgos de su carácter, en sus caprichos ó en sus manías, á cuyos defectos debe poner freno una educación constante y esmerada. Ha de procurarse su desarrollo intelectual de una manera moderada y progresiva, sin abrumar demasiado la inteligencia del niño; pues el excesivo estudio desarrolla las facultades intelectuales, pero es á costa de la parte física ó corporal que suele resentirse en su salud.

Llega la adolescencia y ya, tanto el hombre

como la mujer, presentan las cualidades distintivas de sus respectivos sexos, ocultas hasta entonces por el velo de la inocencia. Al muchacho atolondrado sigue el joven lleno de pasión, entusiasta, ávido de placeres, activo y osado. A la muchacha juguetona y risueña, sigue la joven reservada, tímida y seductora. Esta edad es el despertar de la naturaleza humana, y por eso se ha llamado con bastante propiedad *la primavera de la vida*. La moral y la higiene, al propio tiempo, aconsejan al inexperto joven que la razón bajo la guía de la religión y la moral rija sus costumbres, pues, de lo contrario, sérios males y crueles desengaños llenan de amarguras este poético periodo de nuestra existencia. No hay que olvidar que junto á la flor seductora que nos embriaga con su esencia, están los punzantes abrojos.

El suicidio por un lado y las enfermedades por otro, quitan del mundo muchos adolescentes, como vemos por las estadísticas. La ofuscación mental producida por un desengaño ó por unos desenfrenados celos, vemos con frecuencia dar origen á un asesinato, un suicidio ó ambas cosas á la vez. La melancolía arraigada en una naturaleza débil, las luchas contínuas ó los goces inmoderados, llevan también al sepulcro gran número de jóvenes. En esta

edad borrascosa no debemos olvidar nunca estas célebres palabras de Delavigne: *la vie est un combat, dont la palme est aux Cieux*: lid es la vida, su palma está en el Cielo.

Sigue á la adolescencia la virilidad, caracterizada por el completo desarrollo de nuestras facultades. La sobriedad en las costumbres, el exacto cumplimiento del deber y una conducta honrada y conforme con el estado y profesión de cada individuo, deben régir al hombre, si quiere granjearse el aprecio y estimación de sus semejantes y las gracias del Cielo.

La vejez es el último periodo de nuestra existencia, es el otoño de la vida. Taciturno y melancólico el anciano, ensalza con placer los rosados tiempos de su juventud, reniega y huye de la sociedad presente, teme y augura desventuras para la porvenir, y bajo el peso de los años vá perdiendo progresivamente sus facultades y sus sentidos; su energía y su actividad disminuyen, y todo su sér, tanto físico como psicológico, le dicen que la muerte se aproxima. Los dulces consuelos de la religión, el reposo y la tranquilidad física y moral, son los bálsamos que prestan consuelo al hombre en el último periodo de su vida.

Ya que hé tratado de las edades, voy á ocuparme de los temperamentos. Los que más

comunmente se observan en la naturaleza del hombre son los siguientes: sanguíneo, nervioso, linfático y bilioso. El predominio de un sistema orgánico sobre los demás, que es lo que ocasiona el temperamento en el individuo, influye en cierto modo sobre sus facultades y su carácter cuya influencia es lo que nos proponemos dar á conocer.

Los sanguíneos, ó sean aquellos en cuya constitución predomina el sistema vascular, son generalmente de carácter alegre, franco é ingénuo; apasionados, aunque volubles, arrebatados y enérgicos, pero inconstantes; de algún ingenio y de imaginación fecunda. Aficionados los sanguíneos á las diversiones y al bullicio, gustan de las fiestas y pasatiempos, y afectuosos en su trato social, son sinceros y afables con los amigos, respetuosos con sus superiores y francos y corteses con sus subordinados. Su carácter positivista les hace aptos para los negocios y hábiles en las industrias. Cuando la buena salud que proporciona este temperamento degenera en obesidad, las facultades intelectuales se embotan y la viveza y actividad corporales disminuyen.

Los nerviosos, por el contrario, son idealistas y románticos; pasan con facilidad de la alegría á la tristeza, del júbilo á la melancolía, de

la risa á las lágrimas. De carácter sensible y exagerado todo les conmueve y emociona, y no admiten en sus afecciones términos medios: ó aman ó aborrecen. Su imaginación es por lo común viva y fecunda, su carácter tímido y reservado y su voluntad débil. Los nerviosos son muy aficionados por tendencia natural á la música, á la poesía ó á la pintura, encontrándose algunos con gran disposición para las bellas artes. Se ha observado este temperamento en muchos literatos y poetas notables, como Lope de Vega, Fray Luis de León, Ercilla, Espronceda, Lord Byron, Becquer y en no pocos eximios artistas como Donizetti, Bellini y Rubens. Este temperamento predomina más en los cortesanos que en los labriegos, y en las mujeres es frecuente verlo unido al linfático.

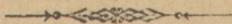
Los linfáticos, llamados también flemáticos, son, generalmente, poco sensibles, débiles y perezosos, de escasa imaginación y frágil memoria; pero á veces poseen una inteligencia clara y una penetración viva y profunda. Aunque en su mayoría los linfáticos son más amigos del reposo y la ociosidad que del estudio, suelen algunos dedicarse con éxito al cultivo de las ciencias y la filosofía.

El temperamento bilioso tiene como caracteres peculiares el valor, el heroísmo y la abne-

gación; es habitual en los guerreros, en los héroes y en los mártires. Dotados los individuos en quienes predomina este temperamento de un carácter vehemente, unido á una voluntad firme y una energía valerosa, acometen grandes empresas, arriesgan sus vidas en rudos combates, luchan serenos y firmes ante los mayores contratiempos, se animan ante los obstáculos y desafían con heroísmo las grandes adversidades. Felipe II, El Gran Capitán, Isabel de Inglaterra, Cromwell y otros ambiciosos guerreros y políticos, han sido poseedores del temperamento bilioso.

Es raro encontrar en un individuo el predominio de uno solo de estos temperamentos; generalmente se mezclan unos con otros de manera que es difícil precisar cual alcanza mayor grado de vigor.

El temperamento atrabiliario ó melancólico, que algunos admiten, es una degeneración del bilioso que rara vez es compatible con la salud.





PASIONES

ARTÍCULO VI

Generalidades.

Las pasiones son convenientes para la vida del hombre, y ellas dan luz y colorido á nuestra existencia.

Desde el humilde labriego que habita en una choza ignorada en la inmensidad de los campos, hasta el encumbrado magnate que vive en palacios suntuosos, todos tienen pasiones. El hombre sin pasiones es un autómatas, es un sér indiferente de cuya alma nunca brotará el sentimiento y en cuyo corazón jamás nacerán los tiernos afectos que embellecen nuestra vida.

Sin pasiones no hay virtud posible, porque no hay lucha, y sin combate no puede haber victoria.

Sin pasiones la vida sería una negra sombra, un cielo sin astros, un día en tinieblas, un campo sin plantas.

En nada menguan las pasiones del ánimo la virtud, antes al contrario, mientras más empeñada es la lucha que el hombre sostiene para desterrarlas de sí, cuantos más sufrimientos tiene que arrostrar para vencer sus ímpetus y sus desenfrenados deseos, mayor es la virtud que puso á prueba; así como cuanto más rudo y empeñado es un combate, mayor es también la gloria del vencedor. Lejos de menoscabar la santidad de San Agustín sus pasiones juveniles, aquellos fúlgidos destellos de su alma apasionada hacen más sublimes y meritorias sus virtudes.

Ahora bien: las pasiones abandonadas á sus propios ímpetus sin freno que las detenga ni álveo que las encauce, son negro torrente que en vertiginosa rapidez corre á estrellarse contra el abismo de los mayores vicios.

La razón y la moral deben poner dique á los enérgicos impulsos de las pasiones, pues, de lo contrario, tristes calamidades ó desengaños funestos vienen á amargar nuestra existencia.

Lo mismo la salud corporal que la tranquilidad de ánimo, animan al anciano que durante su juventud fué prudente y parco en sus pasio-

nes. En la vejez se recogen siempre los buenos ó malos frutos que se sembraron en la juventud.

Parece que Dios en su infinita justicia quiere premiar en la tierra á los que con sus buenas obras se han hecho acreedores al Cielo. Como aviso ó muestra de lo que al hombre le espera después de la muerte, en la tierra misma sufre el malvado sus remordimientos y los desastres á que le condujeron sus vicios, al propio tiempo que el hombre de bien goza la inefable tranquilidad de conciencia que le proporcionan siempre sus buenas obras.





ARTÍCULO VII

El amor.

El amor sexual, que es del que se tratará en este artículo, es la más poética, la más brillante de las pasiones. Es la dulce embriaguez producida por un exceso de sentimiento, la mágica dulcificación de nuestros instintos, la dirección desordenada y vehemente de nuestras afecciones á un sér determinado en favor de las leyes naturales.

Victor Hugo lo define diciendo que «es la fusión de dos almas en una sola: hombre y mujer se convierten en ángel y el cielo aparece».

Muchos filósofos y poetas han definido el amor y han dado á conocer en distintas formas sus misterios, sus goces y sus sufrimientos, y en esta materia, debemos confesarlo, han sido siempre más afortunados los poetas que los filósofos.

Decir como Diógenes que «el amor es la ocupación de los desocupados», equivale á manifestar claramente que nunca se ha sentido. Tan desacertado anduvo el filósofo cínico al definir esta pasión, como hubiera estado un sordo de nacimiento explicando las tiernas y dulces impresiones que produce la música.

Una cosa es amor y otra galantería. El primero fija sus miras en una sola persona, y en ella concreta todos sus anhelos, todos sus deseos, todas sus esperanzas; la galantería, hablando á los sentidos y no al corazón, nos lleva ó arrastra en pos de la belleza, pero sin esclavizarnos ni ofuscarnos. Con profunda verdad dice Alvarez Cienfuegos: «Siempre hay buena fe en el amor, pero es opresor y caprichoso y le miran en el día como una enfermedad ó como una flaqueza de ánimo. Su poco de picardía hay en la galantería; pero es libre y divertida, nuestro siglo está por ella».

Los animales no pueden sentir el amor ni ninguna de las pasiones, porque estas suponen inteligencia, y los animales carecen de ella. El amor verdadero no lo sienten tampoco todas las personas.

El verdadero amor no busca ni ansía más que el objeto amado, desdeña todos los halagos del mundo por la posesión de la persona queri-

da, desafía los peligros, hace frente á las dificultades y habita un paraíso de venturas dentro de un mundo artificial de color de rosa.

Este es el amor, que ni el tiempo mengua ni la ausencia destruye; que mira con tristeza los años que pasaron sin conocer la persona querida; que forma la etapa más brillante de nuestra existencia; que reasume todas nuestras aspiraciones, todas nuestras esperanzas, todos nuestros deseos; que nos hace soñar con un mundo de interminables dichas en la juventud, y que consuela con sus dulces recuerdos el hastío y las tristezas de nuestra vejez.

Este es el amor que arraiga en las almas de buen temple; que fija su asiento en los corazones grandes, haciéndoles derramar raudales inagotables de ternuras..... Este es, por último, el amor que enloquece, subyuga y fascina, y el que en vano se pretenderá arrancar de nuestro pecho sin que lleve tras sí alguna fibra ensangrentada de nuestro corazón.

El amor debe fundarse en la belleza moral, ó sea la belleza del alma, pues nada valen los atractivos y perfecciones físicas si no son reflejo fiel de un espíritu poético y apasionado. ¿De qué sirve, en efecto, á una mujer su tez encantadora, su cuerpo airoso, su donaire y sus gracias, si bajo esta linda corteza encierra un alma

mezquina y prosáica y un corazón frío é insensible?

La belleza, según la define San Agustín, «es un reflejo de lo divino»; pero hay que advertir que aquel sábio Doctor de la Iglesia se refería á la belleza artística. La belleza que ostentan en el rostro algunas mujeres no es siempre reflejo de la divinidad; pues á veces Satán, lleno de envidia y soberbia, embellece con su maléfico poder el rostro de las almas que espera albergar en su seno.

El corazón de la mujer duerme frecuentemente en el letargo de la indiferencia y no es extraño ver entonces en su carácter algunas frivolidades hijas de la vanidad semi-pueril que se desarrolla en las jóvenes mal educadas; pero el amor hace despertar el corazón de su profundo sueño y la mujer cambia entonces de aficiones, de gustos y de carácter; esta rara metamorfosis es debida al mágico poder que tiene el amor sobre las almas sensibles, únicas que pueden experimentar esta variación.

El amor verdadero nunca se alberga en las almas mezquinas, del mismo modo que el esplendente disco del sol no se retrata jamás en los lodazales inmundos. En el amor no cabe maldad; bien dijo Santa Teresa: «Si Satanás pudiese amar, dejaría de ser malo».

El amor que goza, es bello; el que sufre, es sublime. El desengaño es el mayor sufrimiento que cabe en el amor, es la muerte de este.

El amor, basado en la simpatía que inspiran los caracteres, ó sean las prendas individuales, rara vez tiene que sufrir un desengaño. Hay, sin embargo, que tener en cuenta que no es oro todo lo que brilla; pues á veces los caracteres más amables y que más simpáticos se hacen en una reunión, son dentro del hogar doméstico los más exigentes y repulsivos. Tanto en uno como en otro sexo, hay personas que en visita cautivan por su finura, amabilidad y buen trato, y, en cambio, dentro de casa son caracteres iracundos, dominantes y groseros. El discreto distingue pronto la bondad aparente de la real, de la misma manera que el buen joyero diferencia facilmente la alhaja de dublé de la de oro de ley.

La ausencia apaga con facilidad el amor cuando este se halla en sus comienzos, ó cuando es hijo del capricho, de la sensualidad ó de cualquier otra circunstancia; pero el amor que habiendo nacido de la admiración de las prendas personales y de la simpatía de caracteres llega á echar hondas raíces en el corazón, nunca podrá la ausencia exterminarlo ni disminuirlo.

En algunos caracteres, las ingratitudes no

destruyen el verdadero amor: en nada hicieron disminuir el cariño que doña Juana *la loca* sentía por su esposo don Felipe, los desprecios y desvios de este, llegando aquella, llena del más ardiente amor, á correr la Francia en busca de su marido, quien había marchado fuera de España huyendo del carácter apasionado y celoso de su esposa, que por estos desvarios, hijos de su amor desenfrenado, fué considerada demente. Toda su vida conservó Newton el amor que sintió nacer en su juventud hácia miss Storeay, única mujer que amó, apesar de los marcados desprecios con que ella pagó su cariño.

El trato íntimo disminuye muchas veces el amor, cuando no fueron de antemano bien conocidos los caracteres.

Por último, el amor, como casi todas las pasiones, no es en sí ni bueno ni malo; es conveniente cuando vá guiado por la razón y la prudencia, porque dulcifica nuestros instintos naturales y hace nacer los más tiernos afectos; pero los amores imposibles ó los desenfrenados y lascivos deben ser arrancados de nuestro pecho antes de que echen raíces en él.





ARTÍCULO VIII

Los celos.

La pasión de los celos es una de las peores pasiones que se pueden apoderar del alma humana, máxime si la razón no la contiene en sus desenfrenados ímpetus. Los celos exagerados arrastran al hombre al presidio, á la locura y al crimen.

Suponer que los celos no se deben al amor y que solo dimanar del aprecio de sí propio ó del egoísmo, es un absurdo en que suelen caer algunos que presumen de filósofos, pero que conocen bien poco los achaques del corazón humano.

El amor contrariado es el que dá origen con frecuencia á los celos, cuya estraña pasión produce en el ánimo del hombre un estado de inquietud y tristeza, de dolor y zozobra, de amargura y ansia difícil de definir.

El deseo de venganza, el valor, el odio reconcentrado, ó el más satánico desprecio brotan del corazón del hombre, inmediatamente que las sospechas fueron confirmadas por la realidad de los hechos.

Entónces es cuando la imaginación se exalta y la razón se ciega, y cuando algunos hombres, víctimas de un trastorno cerebral, cometen crímenes y desmanes terribles.

En los temperamentos reflexivos los celos incitan el ánimo al olvido y al más completo desprecio hácia la persona causante.

En los espíritus elevados los celos no excitan ni al odio ni al desprecio, sino á una poética melancolía, á una tristeza profunda, pero noble y sublime.

Tales son los sentimientos que vibran en la siguiente dolora, una de las mejores composiciones que han brotado de la pluma del ilustre poeta don Ramón de Campoamor:

«Ya que este mundo abandono,
antes de dar cuenta á Dios,
aquí para entre los dos
mi confesión te diré:
con toda el alma perdono
hasta los que siempre he odiado,
á tí que tanto te he amado...
nunca te perdonaré».

La pasión de los celos, cuando tiene fundamento ó razón de ser, demuestra sensibilidad y nobleza de carácter; pero cuando es hija de quiméricas ilusiones ó de supuestos agravios, indica debilidad, flaqueza de espíritu ó un carácter díscolo y dominante.

De todos modos, los celos desenfrenados y excesivos son uno de los más encarnizados enemigos del alma, y como á tal debemos temerles y huir de sus amargos lazos. Para esto, nada tan recomendable como un estudio detenido y perfecto del corazón humano, y una discreta fortaleza que impida la entrada del amor en nosotros, hasta que hayan sido perfectamente conocidas las buenas dotes morales y el carácter de la persona querida; con lo cual se ayudará en mucho á nuestra alma para que consiga una vida tranquila en la tierra y una dicha interminable en las mansiones del cielo.





ARTÍCULO IX

La ambición.

El orgullo, el amor á la gloria mundana y el deseo de figurar en las altas esferas sociales, es lo que dá origen á la ambición.

El hombre, en su osadía, arrostra muchas veces toda clase de sufrimientos y peligros por llegar al logro de sus deseos, lo cual, si bien en muchos casos le dá fe y valor en sus empresas y lo hace hombre de iniciativa y provecho, en ocasiones le produce amargos desengaños y serias calamidades. Mientras unos alcanzaron el más alto renombre, ayudados por su ambición, otros fueron víctimas de esta, muriendo afrentosamente en un cadalso ó consumiendo su existencia bajo las tristes bóvedas de un presidio.

El exceso de ambición tiene su castigo tarde ó temprano. El que se empeña en dominar vas-

tos imperios, el que no satisfecho con los lauros de varias victorias quiere hacerse rey universal ó dueño absoluto del mundo, viene á parar á la triste situación de aquel emperador francés que pasó los últimos años de su vida preso en un solitario castillo, donde sufría todo género de molestias y humillaciones.

La ambición exagerada llega á apagar todos los tiernos afectos que pueden brotar del corazón, haciendo al hombre egoísta é interesado. El deseo de alcanzar el poder ó la lucha por la gloria, hace olvidar al alma sus encantadoras afecciones, consume el cuerpo y seca el corazón.

Confiados los ambiciosos en sus facultades y puestas sus miras en el objeto de sus deseos, desoyen generalmente los consejos ó indicaciones de otros, rigiéndose solo por sus aspiraciones que no siempre son realizables.

A conseguir una vida tranquila y de moderado bienestar, debe limitarse la ambición del hombre, pues de nada sirven las riquezas en medio de los azares y las luchas.

La tranquilidad, el reposo, la paz del alma son bienes apreciables, sin los cuales no hay felicidad posible. Jamás llegue la ambición á hacer perder al hombre estos bienes, por gozar de una dicha engañosa.



ARTÍCULO X

Amor à Dios.

Es esta, de las pasiones, la menos frecuente, por desgracia, pero la más sublime y excelsa de todas.

El amor á Dios nace de la contemplación de la magestad y magnificencia divinas, de la admiración que produce en el alma la bondad y sabiduría del Supremo Hacedor y del vehemente deseo por ser digno á gozar de los bienes y dichas del cielo.

El enamorado de Dios siente arder en su pecho, además de una fe firme é inquebrantable y una esperanza halagüeña y dulcificadora, una caridad sin límites, nacida del amor á sus semejantes como hijos de Dios y como hermanos suyos.

Este sentimiento, aunque se sobrepone á

todos, no excluye las nobles pasiones; lo que hace es templar nuestros ímpetus, dar fortaleza en las luchas y grata esperanza y resignación en los contratiempos.

La generosidad es la cualidad principal que distingue á esta de las demás pasiones, que siempre tienen en sí algo de egoistas. El que á Dios ama con todos los impulsos de su corazón, no lo hace porque así obtenga recompensa, ni porque espere premio á su cariño. Queriendo á Dios sobre todas las cosas, el que siente esta fuerte pasión no se disgusta ni entibia en su cariño, porque otros menos dignos que él sean favorecidos por la Providencia Divina, antes al contrario, goza con el bien de sus semejantes aunque él esté desheredado de la fortuna.

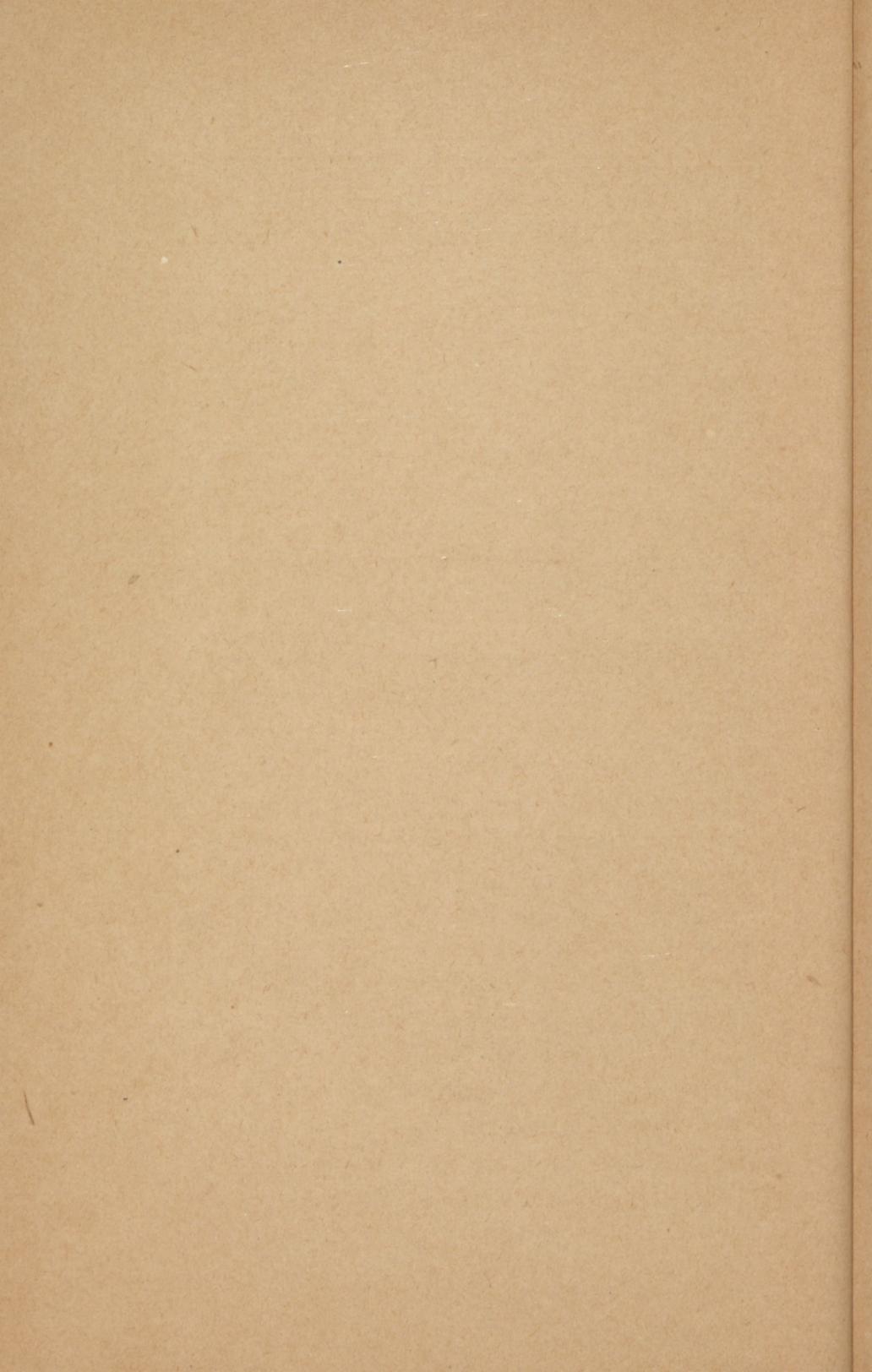
Las tristezas, los dolores físicos y morales, las persecuciones, la injusticia de los hombres, los desprecios de la sociedad, todo, lo recibe el enamorado de Dios sin formular una queja, sin dar una muestra de desagrado. Con la sonrisa en los lábios y la alegría en el semblante, se miran á veces como objetos de burlas, y con ánimo sereno y voluntad firme dejan derramar hasta la última gota de su sangre antes que pronunciar palabras que puedan ofender á su Dios.

Esta pasión se observa en los santos, en los mártires y en personas de recta conciencia y

virtuosas costumbres. Como hemos indicado, es compatible con otras pasiones; pero imprime siempre en estas un sello de pureza y sobriedad que raya en lo sublime.

Mientras las demás pasiones necesitan ser refrenadas por la sana razón para que sean meritorias, esta que dimana de la razón misma, es más alta, más noble y más excelsa, cuanto con mayor vehemencia se apodere del corazón.

En la vida de los santos, en medio de aquellos terribles suplicios que soportaron con maravillosa serenidad los mártires del cristianismo, se ven actos de abnegación que prueban el vigor con que ardía en aquellos séres este sentimiento sublime. En los místicos arrobamientos de Santa Teresa de Jesús, entre aquellos delirios de que era presa su alma apasionada, se vé brillar con una lucidez encantadora esta excelsa pasión.





ARTÍCULO XI

Amor paternal.

El cariño que los padres sienten hácia sus hijos, reviste casi siempre los caracteres de verdadera pasión; mas el que los hijos tienen á sus padres no llega, generalmente, á este grado de vehemencia.

Así lo dispuso Dios para la conservación de la especie humana, juzgando, en su infinita sabiduría, que los padres podían pasar bien sin el cariño de sus hijos, mientras que estos no les sería posible existir sin el amor de aquellos.

Las antiguas leyes romanas, debido al estado de barbarie que reinaba en aquella época, basaban el respeto y natural sumisión de los hijos á los padres en el más acendrado temor y humillante servilismo, como viene á significar la palabra familia, derivada del osco *famél*,

esclavo ó sirviente. Esposa é hijos no eran en aquellos tiempos más que esclavos ó servidores del padre ó cabeza de familia, á quien le era lícito castigar duramente y aun quitar la vida á cualquiera de aquellas personas.

La Religión Cristiana, bálsamo dulcificador de las antiguas costumbres, vino á redimir á la familia, fundando, la obediencia y sumisión de los hijos á los padres, en el amor recíproco.

El hijo fruto del matrimonio, y por ende del amor, debe ser querido de sus padres como parte de su propio sér, como pedazo de su mismo cuerpo. El hijo es para los padres el consuelo de sus tristezas, el encanto del hogar, la dulce esperanza, el ídolo de amor que ocasiona sus desvelos. Tierna y apasionada la madre mira por su hijo con sin igual cuidado y en él pone todos sus afanes; cuando el niño es ya hombre los padres le alientan con sus consejos y le ayudan á conquistar un porvenir risueño y seguro, en relación con su gerarquía ó con su fortuna.

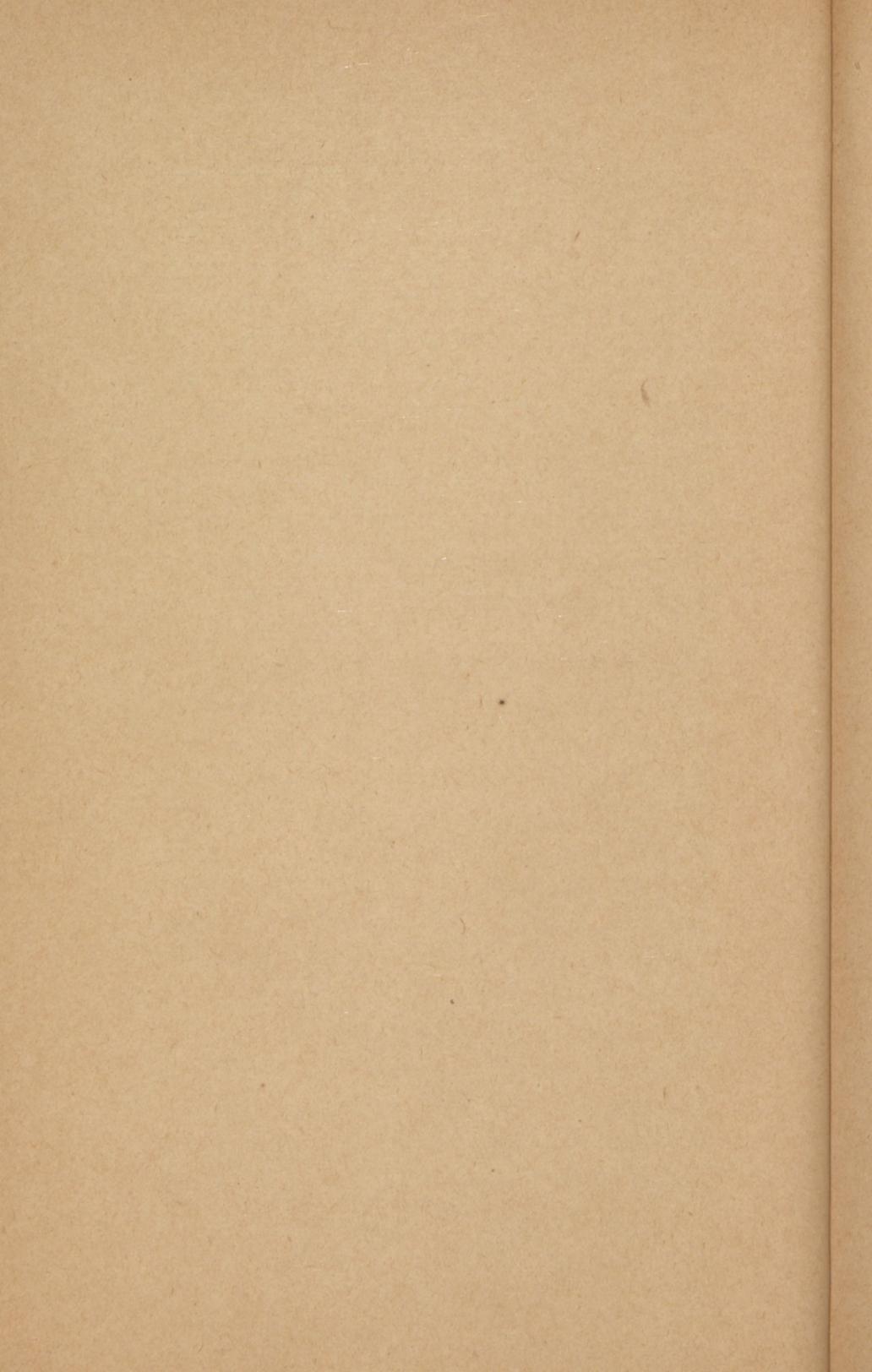
La existencia de padres ingratos que dejan á sus hijos en el desamparo ó en la miseria, es rarísima, y aunque se suelen encontrar alguna que otra vez estos desgraciados séres, su existencia es una excepción de la regla general.

El amor de los padres debe ser regido por la razón, pues el exceso de cariño en aquellos

ocasiona muchas veces la desgracia y perdición de los hijos. El dejar á los pequeñuelos obrar según sus caprichos, el no quererles contrariar por temor á molestarlos, el abandonarlos á sus propias inclinaciones, sin freno ni sugesión alguna, es labrarles su propia desgracia. (Véase el artículo II.)

El cariño que sienten los padres por sus hijos, no tiene el carácter de vehemencia que el amor sexual y otras pasiones, pero es un cariño profundo, desinteresado, fiel y constante.







ARTÍCULO XII

Malas pasiones.

Se comprenden en este grupo todas aquellas pasiones que dañan al alma y pudren el corazón humano, apartando del hombre los más tiernos afectos: son consideradas como tales, estas pasiones: la envidia, la lujuria y la ira.

La envidia, sentimiento bajo y mezquino que se apodera de las almas débiles, hace ver con tristeza el bien del prógimo y mirar con gusto sus desgracias. El egoismo la forma y la misantropía la sustenta, ocasionando esta pasión en el carácter del hombre cierto habitual encono que le hace antipático y despreciable. Lejos de ser excitante ó expansiva esta pasión, es deprimente, como la prueba la frase vulgar: *le come la envidia*.

La lujuria, ó sea el apetito desordenado por

los placeres sensuales, borra del alma los nobles sentimientos, vicia el corazón y lleva al organismo la extenuación y las más crueles enfermedades.

La ira impulsa al hombre hácia la venganza, excitando su sistema nervioso. Esta pasión ciega al hombre momentáneamente, haciéndole cometer á veces crímenes horribles ó grandes desmanes.

Todas las malas pasiones deben ser rechazadas del corazón humano, si se quieren evitar los terribles vicios á que conducen y las calamidades que ocasionan.

Prolijo sería enumerar los desastres que causan las malas pasiones cuando se apoderan de nuestro espíritu. Ante ellas huyen del alma los nobles sentimientos, desaparece el amor á nuestros semejantes y el apego á la vida, apareciendo en el fondo de este cuadro el hastío y el escepticismo más refinado, que, á manera de víboras, introducen traicioneramente su mortífera ponzoña en la existencia del hombre.

La ocupación, el trabajo moderado, es el mejor preservativo contra las malas pasiones, que casi siempre nacen al calor de la *ociosidad*.

La ociosidad, llamada con mucha razón *madre de todos los vicios*, es un grave mal para el alma y para el cuerpo; ella, conduciendo á la

holgazanería, despierta los apetitos y dá pábulo á todas las malas pasiones; engendra flaqueza y debilidad en el cuerpo y hace nacer en el alma la tristeza, el hastío y el odio hácia la vida.

La *laboriosidad*, por el contrario, favorece el desarrollo de nuestro ser físico, libra al alma del aburrimiento y aumenta los goces del descanso, con dulce bienestar y alegría.







INFLUENTES ANÍMICOS

ARTÍCULO XIII

Las diversiones.

Considerando la educación como uno de los principales influentes anímicos, todas las circunstancias que en ella concurren, ejercen sobre nuestra alma mayor ó menor influencia.

Las diversiones y los espectáculos públicos, que suelen ser hoy, el principal pasatiempo de los jóvenes, imprimen en el espíritu humano algunas cualidades y dan al carácter determinados rasgos, cuyo conocimiento es de gran interés. En el presente artículo se tratará de las diversiones, dejando para el próximo los espectáculos públicos.

En general todas las diversiones deben mirarse con prevención, y solamente debemos asistir á ellas cuando nuestras obligaciones nos lo permitan. El afán inmoderado por divertirse acusa frivolidad y espíritu prosáico.

Las diversiones domésticas deben ser preferidas como pasatiempos, con tal de que en aquellas no medie interés, ni existan circunstancias especiales de exposición.

Entre las diversiones fuera de casa figuran como la más frecuente el baile, expansión favorita de nuestra sociedad y diversión obligada en nuestros salones.

Si el baile como ejercicio es provechoso al cuerpo, como diversión es una de las menos inocentes y de las que menor provecho hacen al alma. Las libertades á que abre puerta el baile entre ambos sexos, encienden los deseos y dan pábulo, algunas veces, á mezquinas y bajas pasiones. Las aberraciones sociales han hecho que sea considerado como diversión ó solaz recreo un acto que se presta á todo género de abusos y discordias y que es siempre enemigo de la virtud, del decoro y buenas costumbres.

¡Desdichadas las mujeres que cifrán en los bailes sus ilusiones!

¡Pobrecitas las pequeñuelas que desde su más tierna edad empiezan á ser llevadas por sus padres á esta clase de fiestas! Ellas, marchitando su inocencia en la asfixiante atmósfera de los bailes, verán huir de su alma los tiernos afectos que serán reemplazados por la vanidad, el amor al lujo y la más refinada coquetería.



ARTÍCULO XIV

Los espectáculos públicos.

Figura como el más frecuente de los espectáculos públicos el teatro, en sus diversas variedades de óperas, zarzuelas, dramas, comedias.... etc.

Prescindiendo de las obras inmorales que se ponen hoy con frecuencia en la escena de nuestro teatro, las demás funciones son provechosas al alma que mira en los actores fieles intérpretes de los nobles sentimientos y vé en los hechos que en la escena se desarrollan el premio que siempre logra la virtud, el triunfo del heroísmo y el castigo que cae sobre el crimen.

Los dramas pintando hechos de la vida real, en el punto de vista de su belleza, mueven los afectos, recrean el ánimo y educan el gusto. Las comedias y demás obras jocosas divierten

con sus hechos risibles y proporcionan al alma ratos de agradable y lícita expansión.

Las óperas, las zarzuelas, los conciertos y todas las funciones musicales son beneficiosas al alma. La música es, de las bellas artes, la que con mayor energía despierta en el corazón humano los tiernos afectos. Ella pinta con brillante colorido las nobles pasiones, expresa con su melodía los sentimientos más sublimes y lleva al alma con sus gratos acordes, paz, dulce consuelo, bienestar y concordia. David pudo con su arpa aplacar el ódio que hacía él sintió Saul; Timoteo, con su cítara, moderó, en ocasiones, los ímpetus del arrebatado carácter de Alejandro Magno; el tédio y la incurable melancolía que asediaban al ánimo de Fernando VI, hallaron lenitivo con el canto de Farinelli.

La música ha sido siempre fiel intérprete de nuestros sentimientos y vehículo de las nobles pasiones. Su poderoso influjo en nuestra alma y su maravilloso poder expresivo, han hecho que sea la música considerada como *divino arte* ó arte de Dios.

El teatro debe preferirse á otros espectáculos menos cultos, y á todos ellos debe sobreponerse, por grande que sea nuestra afición, nuestras obligaciones y el cumplimiento de nuestro deber.



ARTÍCULO XV

El hogar.

Nada tan dulce y tranquilo como el hogar doméstico. Bajo el techo de nuestra casa no hay desengaños, no hay fatigas ni zozobras.

Los corazones tiernos, las almas sensibles y elevadas, toman cariño á su casa, á los muebles y objetos que la adornan y que han sido testigos de sus alegrías como de sus pesares, de sus consuelos como de sus tristezas, de sus risas como de sus lágrimas. Las afecciones del hogar son las más dulces, y los libros que en nuestra casa nos recrean é instruyen, nuestros mejores amigos.

En ninguna parte, como en nuestra casa, somos dueños de nuestra voluntad y de nuestras obras; en ningún sitio hallaremos la dulce paz que se respira en nuestros hogares.

El hombre, á quien sus obligaciones apenas le permiten, generalmente, estar muchas horas en su casa, encuentra en ella al regresar de sus diarias tareas el descanso para su cuerpo y el consuelo para su espíritu.

La mujer, que es por su sexo la llamada á cuidar y custodiar su casa, jamás debe volver la espalda á su dulce morada para fatigar su espíritu entre el bullicio de las fiestas. La mujer amante de su casa dá muestra de ser honrada y virtuosa; pruébalo el adagio que dice: «la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa».

No se deduce de esto, que sea conveniente para el cuerpo ni aun para el alma, consagrar la vida por entero á estar bajo los techos del hogar. El paseo es muy provechoso para la salud, y todos debemos dedicar por lo menos una hora del día á pasear. Para que este ejercicio sea higiénico, debe hacerse por el campo, por la mañana temprano en el estío y en las primeras horas de la tarde en el invierno.

Los paseos dentro de la población y en sitios reducidos, donde suele acudir gran afluencia de personas, no son otra cosa que lugares de exhibición, que nada tienen de higiénicos ni provechosos.

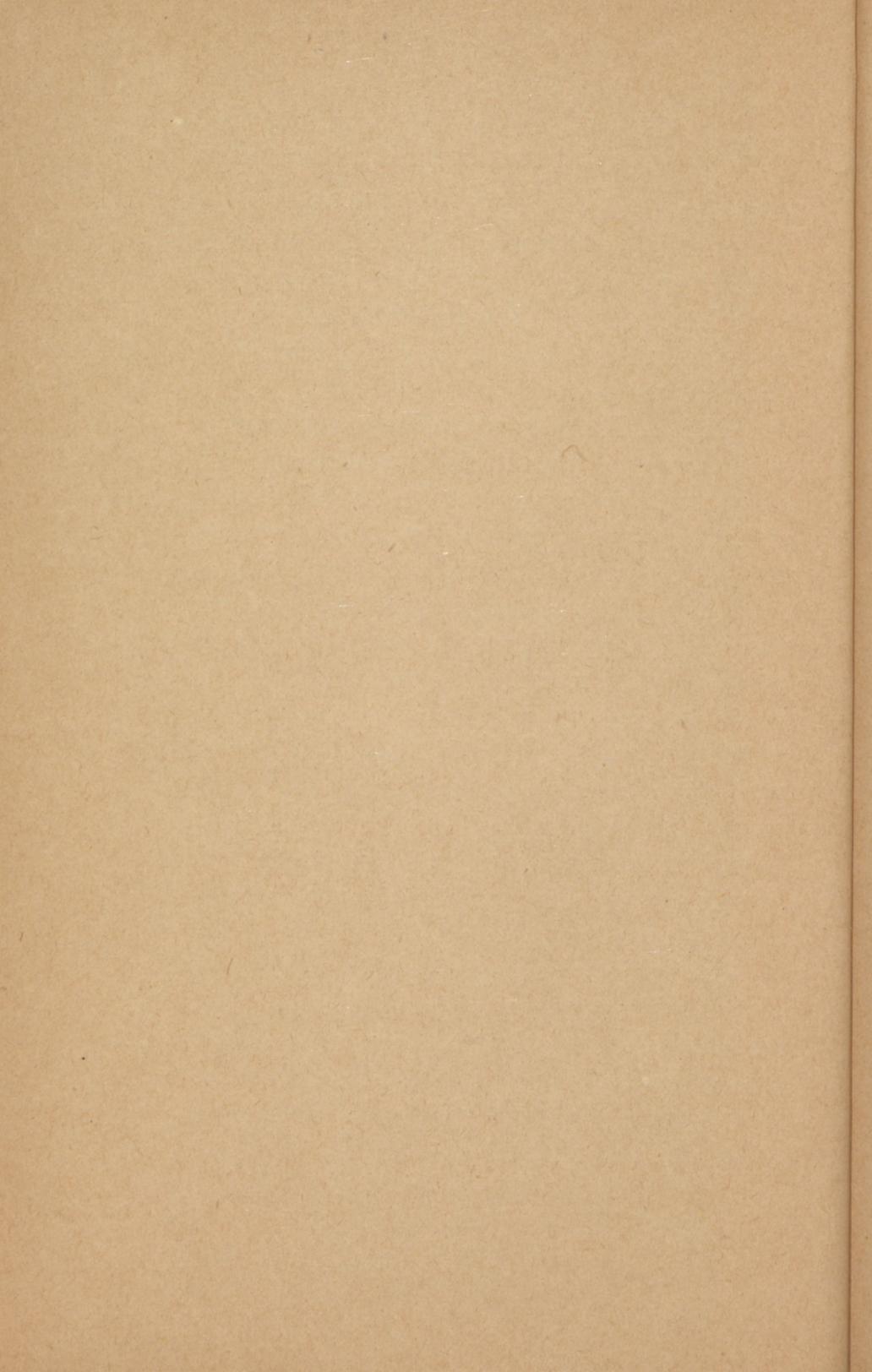
Por último, y para terminar este artículo,

tomo las siguientes líneas de *Un libro para las damas*, notable obra debida á la pluma de doña Pilar Sinués:

«¡La casa! ¡El hogar! ¿Dónde se descansa mejor, donde se halla mayor satisfacción y un bienestar más dulce?

»Id á las fiestas más espléndidas del mundo y será raro que no volvais á vuestra casa con cuerpo y el espíritu igualmente fatigados, pero en la dulce tranquilidad de vuestra casa jamás estareis solos: los muebles, los libros, el piano..., el pajarillo que canta en la jaula, el ramo que os dá su perfume; todos estos objetos os parecen, y con razón, otros tantos amigos que os sonrien y os aman: allí no hay decepciones; allí no hay envidia ni maledicencia; allí todo es paz, calma, armonía y reposo; allí, desde la sagrada imágen que escucha vuestros ruegos, hasta las macetas de vuestro balcón, todo os es querido, como queremos cuanto vive de nuestros cuidados.

«La mujer que no se halla bien *en su casa*, será en vano que busque la dicha en el ruido y las fiestas; porque en el mundo, y entre su más espléndido bullicio, el alma huérfana está tan aislada como en las más vastas soledades, como en los más espantosos desiertos».





ARTÍCULO XVI

Las novelas.

Entre los pasatiempos, dentro del hogar, figura, como uno de los más frecuentes, la lectura de novelas.

Niños y jóvenes prefieren estos libros á otros no tan amenos, y pasan horas y horas embebidos y absortos en su grata lectura.

Prescindiendo de ciertas novelas inmorales, cuyo contenido embota los sentimientos y seca el corazón, dando impulso á las malas pasiones, solo trataré de las que, morales por su fondo, se leen con frecuencia en el seno de los hogares y forman la distracción más frecuente entre las familias cultas.

La lectura de estas obras influye no poco en la cultura estética de los individuos: desarrolla la sensibilidad, haciendo partícipe al lector de

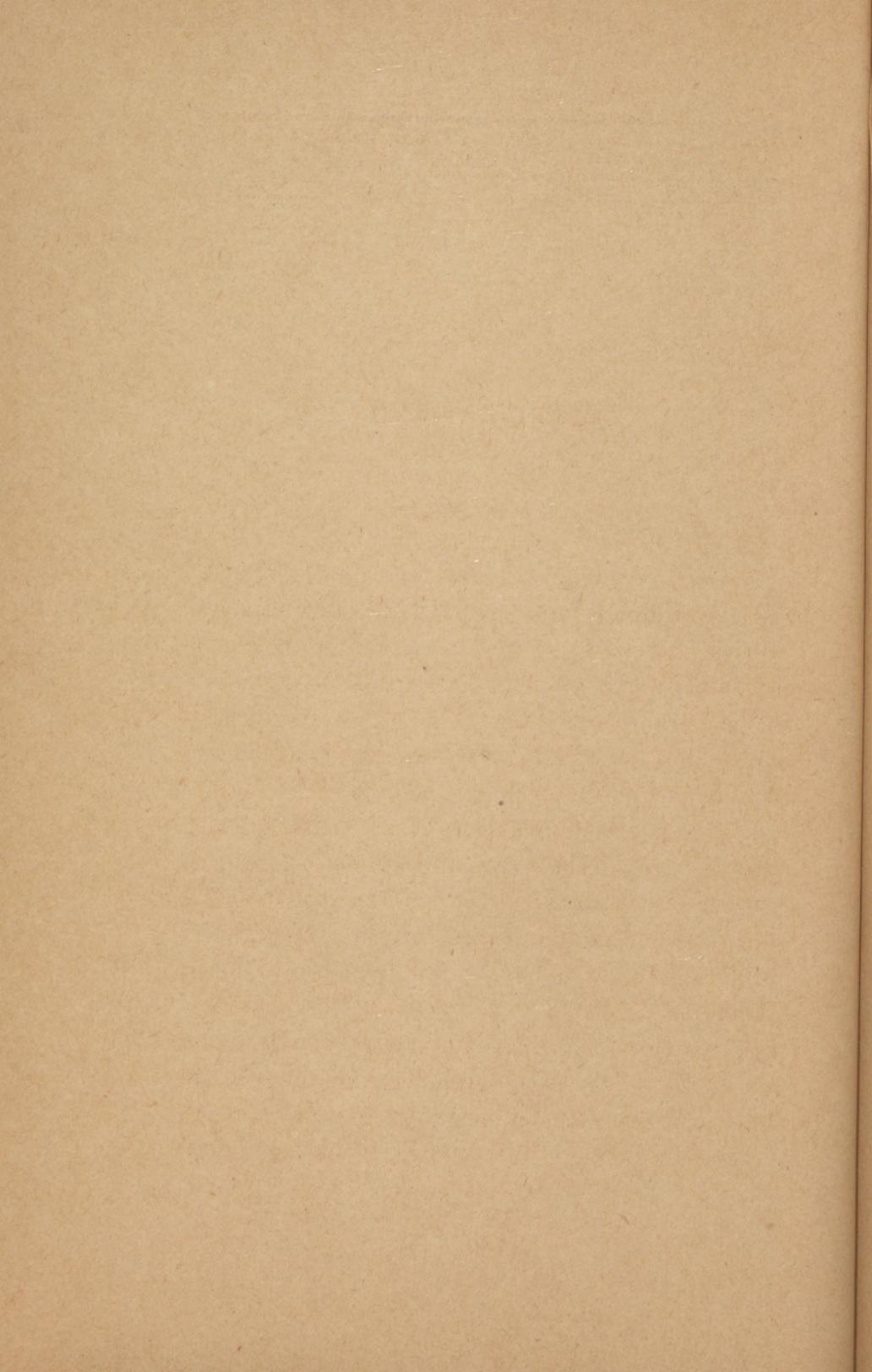
las pasiones y sentimientos que se reflejan en la novela, al par que esta aumenta el caudal de los conocimientos, enseñando los caracteres, las costumbres y las leyes de lejanas ciudades, de tiempos remotos y lugares desconocidos. La índole de los hechos que, aunque ficticios, están basados en la realidad, hace al hombre pensador y le dá á conocer máximas filosóficas que suelen serle útiles en los contratiempos de la vida, y por último el conocimiento de los hechos en su variedad de matices, á más de recrear el ánimo, engendra en él amor á lo noble, entusiasmo por lo sublime y admiración de lo heroico, cimentando, al propio tiempo, en el corazón humano el odio á la traición, el horror al crimen, el aborrecimiento á la cobardía y el desprecio á la bajeza.

Ahora, la lectura de algunas novelas modernas, que por lo general narran amoríos de *flechazo* con desenlaces fortuitos, tiene un grave inconveniente para los jóvenes que, desconocedores del mundo, empiezan á vislumbrarle á través de los hechos fantásticos que en aquellas obras se desarrollan: desprovistos los adolescentes de sólida reflexión y guiados por sus ensueños juveniles, fruto en su mayoría de los acontecimientos novelescos que leyeron, imaginan la vida tal cual en aquellos libros apare-

ce: poética, sublime y deslumbradora; pero al chocar con la fría y prosáica realidad, sienten el desengaño herir cruelmente su corazón.

El carácter soñador de los españoles, como el de todos los habitantes de países meridionales, unido al fuego y entusiasmo de la juventud, hacen muchas veces, por mediación de las novelas, que los hombres, mirando el mundo á través de un prisma ilusorio, juzguen los hechos con la fantasía y no con la razón, siendo víctimas de sus desvaríos; lo cual, pintando el carácter del pueblo español, supo demostrar con maravilloso acierto el inmortal Cervantes en su grandiosa obra *Don Quijote*.







ARTÍCULO XVII

El matrimonio.

Estando dotado un sexo de las cualidades de que carece el otro, y formando ambos separadamente partes aisladas de un todo completo, es innegable que hombre y mujer han nacido para unir sus vidas, asociar sus facultades y fundir sus existencias en una sola.

Negras opiniones formula el vulgo sobre la santa unión del matrimonio; mucho se habla en pro y en contra de ella, y con frecuencia sobrada se ponen de manifiesto bajo el prisma del ridículo las desavenencias, los disgustos y las infidelidades conyugales.

Si examinamos detenidamente el matrimonio y atendemos además de lo que nos dice la razón á lo que nos demuestra la experiencia, observaremos que el lazo conyugal es para algu-

nos inagotable fuente de venturas, al propio tiempo que para otros muchos es manantial de discordias, disgustos y calamidades.

Este hecho, como todos los que vemos en el transcurso de la vida, tiene su natural explicación.

El carácter frívolo de la mujer por un lado y los vicios del marido por otro, llevan al matrimonio las más de las veces todo género de discordias y desventuras. Con frecuencia el hombre se engaña á sí mismo creyendo sentir verdadero amor, cuando realmente solo experimenta deseos sensuales. La mujer, no pocas veces, espera en el matrimonio no la felicidad que le inspira un amor que no siente, sino el bienestar que le proporcione la posición del marido y la cumplida satisfacción de sus caprichos y vanidades por medio del lujo y la ostentación. El marido, una vez que satisfizo sus deseos hasta la saciedad, siente el hastío que acompaña siempre á esta y, empezando á buscar nuevos goces, pierde, en su afán de sensualismo, la ilusión que sintiera antes hacía su esposa. Esta, por otra parte, al tropezar con los cuidados que reclaman sus deberes y las obligaciones de su nuevo estado, empieza á recordar con deleite su vida de soltera y al advertir los desvíos de su marido, concluye por odiar el lazo que disipó sus ilu-

siones juveniles y la apartó de sus antiguas diversiones y galanteos.

Otras veces, poco observador el hombre, cree ver en la mujer que elige para su compañera dotes ó cualidades que no existen; y á su vez, esta, alucinada quizá por el amor, no advierte los defectos de carácter ó los vicios de aquel con quien habrá de unirse para toda la vida; ocasionando este doble desconocimiento tristes desengaños y sérios males.

Pero cuando en ambos contrayentes se une el verdadero amor á la virtud y la uniformidad de caracteres al exacto conocimiento de los mismos, el matrimonio es para los cónyuges estado de felicidad y raudal interminable de venturas; y aunque aparentemente disminuya el amor y la dicha á medida que avanza el tiempo en el estado matrimonial, realmente no sucede esto. Disípase, en efecto, el radiante fulgor de las primeras ilusiones, piérdese la vehemencia y el entusiasmo de los primeros impulsos del amor, pero aparece en cambio una dulce paz, una tranquilidad vivificadora: al amor inquieto y ardiente de los novios, sucede el cariño tranquilo y tierno de los cónyuges.

Las discordias y los desengaños que traen consigo muchos matrimonios, no dependen, pues, de que sea defectuosa tal institución; el origen

de las desavenencias y disgustos conyugales estriba en los defectos de carácter y en los vicios de los individuos, hijos del abandono en la educación y del indiferentismo moral y religioso que domina las sociedades modernas.

El matrimonio verificado en edad conveniente y sin que medien impedimentos, ha sido y será siempre un indicio de moralidad y de cultura, una institución que proporciona dicha y tranquilidad al hombre y prosperidad y orden á la sociedad.

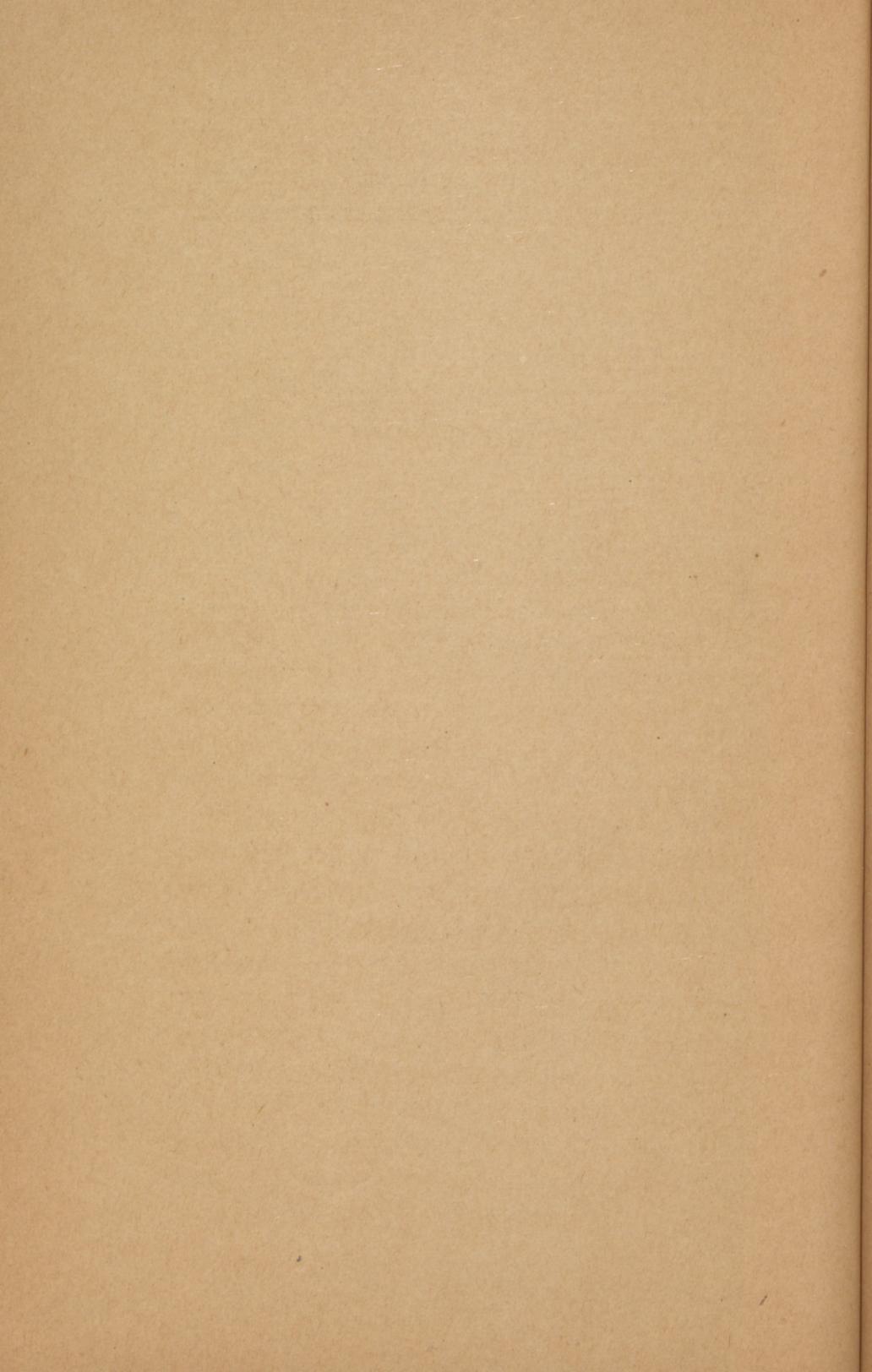
Todo lo contrario sucede á la *poligamia*, la cual se opone abiertamente á los fines del matrimonio, haciendo imposibles la crianza y educación de los hijos y dando entrada en el hogar doméstico á todo género de luchas y discordias. La sana razón basta para convencernos de los grandes inconvenientes de la poligamia; y si la razón no fuera suficiente, vuélvanse los ojos hacia esos pueblos incultos donde existe aún esta abominable costumbre, y allí los hechos nos demostrarán los grandes males, las luchas y los crímenes que ocasiona tal sistema.

Tanto la poligamia como la *poliandria*, no solo están en pugna con la paz doméstica y la prosperidad y orden de la familia, sino que tambien se oponen aquellas inmORALES costumbres á los más nobles sentimientos de nuestro corazón.

El matrimonio, por el contrario, favorece el desarrollo de las facultades afectivas intelectuales y morales; eleva y santifica el amor, uno de los más nobles sentimientos; hace contraer hábitos de orden y moralidad; dá puerto al alma en el borrascoso mar de las pasiones, y libra el cuerpo de un sin número de enfermedades.

Si estas ventajas y los grandes beneficios que el matrimonio reporta á la familia y á la sociedad, los comparamos con los graves inconvenientes de cualquier otra institución, no podremos por menos que observar que el matrimonio es, en su especie, la única institución posible en las naciones cultas.







ARTÍCULO XVIII

La soledad.

«Muy buena es la soledad, dice un filósofo, pero es si tenemos alguien á quien contárselo».

El hombre ha nacido para vivir en sociedad, para comunicar sus impresiones, sus pensamientos y sus deseos á sus semejantes, y cuando se vé privado de estas naturales expansiones, experimenta tristeza, abatimiento físico y moral, como si faltara algo á su ser, como si se le negara alguna cosa necesaria para la vida.

La sociabilidad, el trato con los hombres es, en efecto, necesario para la vida del individuo. Desde que este nace dá á entender, tanto por la naturaleza de su ser físico, cuanto por las leyes que rigen á su ser moral, que no ha nacido para vivir solo. La debilidad de su cuerpo está indicando el amparo que necesita, pues si dejásemos solo al recién nacido perecería en breve.

Las leyes á que obedece el desarrollo de las facultades intelectuales y morales del individuo, es otra prueba no menos evidente de que ha nacido para vivir en sociedad: si ponemos á un niño de pocos años en el aislamiento más completo, y allí le proporcionamos alimento, bebida y todo lo necesario para su conservación, vivirá desde luego; pero vivirá en la estupidez marcada de los brutos.

La historia de los dos niños recién nacidos que nos refiere Herodoto, demuestra palpablemente esta verdad. Queriendo Psámético, rey de Egipto, descubrir la nación más antigua, averiguando cual era el idioma primitivo, encomendó á un pastor la crianza de dos niños recién nacidos, con encargo expreso de que ambos vivieran en el campo y en la más completa soledad. Al cabo de algunos años ordenó el rey que fueran llevados á su presencia los dos niños, y se encontró con dos seres que, parecidos por su embrutecimiento á las bestias, solo sabían aullar, imitando el balido de las cabras, único sonido que habian podido oír en la choza solitaria donde fueron criados.

La soledad influye notablemente en el ánimo del hombre, predisponiéndole á la melancolía y, como ya hemos visto, embotando sus facultades intelectuales y morales.

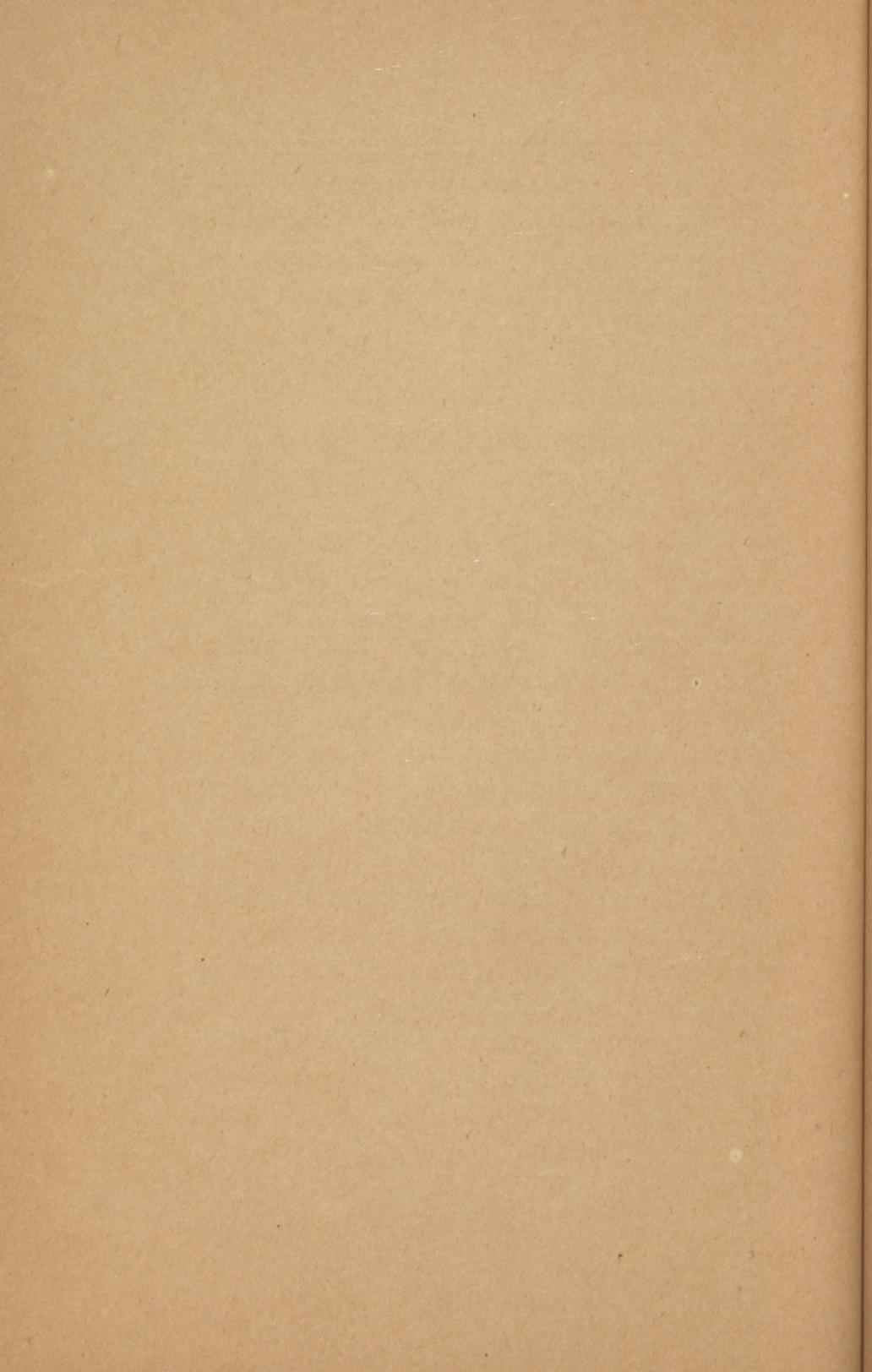
Personas hay que parecen haber nacido para vivir lejos de los hombres en el apartado retiro de lejanas viviendas ó en la inmensidad solitaria de los desiertos. A estos seres todo les molesta, todo les fastidia; no hay obra agena que ellos alaben, ni persona á quien juzguen digna de su confianza y aprecio. Esta flaqueza ó enfermedad de ánimo, es lo que conocemos con el nombre de *misanthropia*.

Nadie codicie la soledad. Cierto es que el trato social nos proporciona sufrimientos, decepciones, disgustos y otros males; pero no debemos olvidar que él hace nacer tambien en nuestro corazón tiernas afecciones, dulces sentimientos que nos apegan á la vida, produciéndonos gratos consuelos y halagüeñas esperanzas.

No es malo todo lo que nos rodea. Inútil será buscar la dicha lejos de los hombres nuestros hermanos.

Nadie tan feliz como aquel que, viviendo al lado de personas queridas, halla en sus desventuras el dulce consuelo de los seres que le rodean y el bienestar inapreciable que proporciona al alma, el trato con los hombres, la comunicación con nuestros semejantes.







ARTÍCULO XIX

Placer y dolor.

Ni el placer ni el dolor son buenos para la vida. La acción de uno cualquiera de ambos elementos, por sí solo, bastaría para concluir con la existencia del hombre en breve término. Placer y dolor unidos se encuentran en la vida como elementos necesarios é inseparables de ella de la misma manera que el oxígeno y el nitrógeno mezclados se hallan formando el aire atmosférico. El placer es para el alma como el oxígeno para los pulmones, y el dolor como el ázoe ó nitrógeno.

El placer físico, considerado como fin gozable y no como estímulo para la satisfacción de nuestras necesidades orgánicas, daña el espíritu, seca el corazón, consume y aniquila el cuerpo.

El placer físico moderado es provechoso para nuestro cuerpo, es conveniente para la vida; pero si se abusa de él, si el apetito domina al hombre no guardando proporción con su resistencia corporal, bien pronto el goce se convierte en verdadero dolor producido por el hastío, la extenuación ó las enfermedades. El alma participa también en gran manera de las funestas consecuencias del abuso. Sumido el hombre en los placeres, embota sus sentimientos, nubla su inteligencia y deprava su voluntad, hace germinar en su alma el egoísmo y la indiferencia, quema su corazón con la impura llama del sensualismo, y en medio de este desconcierto físico y moral, el hombre pierde el libre albedrío haciéndose esclavo de sus deseos.

El exceso de dolor también ocasiona grandes trastornos en nuestra constitución física, y si aquel es producido no por causa natural sino artificialmente para nuestro daño, despierta en el alma del hombre la indignación y la ira y le impulsa al suicidio, á la venganza ó al crimen. (Véase el artículo III).

Pero si el dolor es moderado y sobre todo si es justo y natural, purifica el alma y enseña al hombre que no debe rebasar de cierto límite en la satisfacción de sus necesidades; pues el dolor es muchas veces un aviso que nos dá la

naturaleza para indicarnos que estamos infringiendo sus leyes.

Los placeres y sufrimientos morales son más puros, más duraderos y más intensos que los goces y dolores físicos. Estos siempre afectan á una parte determinada de nuestro cuerpo, mientras que aquellos, como nacen del alma, conmueven agradable ó desagradablemente todo nuestro ser, dejando hondas huellas en nuestro corazón.

La vida, lo mismo en el orden físico que en el orden moral, se desliza entre el flujo y reflujo de placeres y dolores. Sabido es que á la alegría sigue el sufrimiento, que á la dicha sucede el pesar, que trás la risa vienen las lágrimas.

Así lo dispuso Dios, en su infinita sabiduría, por ser así necesario para nuestra conservación física y nuestra perfección moral. Una dicha continua, un placer muy prolongado, llegaría á hastiarnos y concluiría por dar fin á nuestra existencia. Un sentimiento demasiado duradero, un dolor fuerte que obrara sobre nuestro organismo por mucho tiempo, acabaría por destruirlo.

El dolor moral ó sean los sufrimientos del alma, cuando estos no rebasan de cierto límite, ennoblecen y purifican el espíritu sin daño alguno para el cuerpo; prueba de esto es, que más

larga vida acompaña generalmente al que caminó en este mundo entre las asperezas del infortunio y de los pesares, que al que solo encontró á su paso placeres y venturas.





ARTÍCULO XX

Vanidad y coquetería.

Si examinamos con atención el carácter de la mujer, con seguridad hallaremos en medio de sus sentimientos, entre sus bondades, sus gracias y sus encantos, estos dos defectos de carácter: vanidad y coquetería.

¿Es que la mujer tiende por su naturaleza á estos vicios? Así se cree generalmente, pero no tiene fundamento alguno tal creencia.

La mujer es generalmente frívola, es con frecuencia vana y coqueta porque la educación que recibe y la sociedad en que habita le hacen adquirir y mantener estos vicios ó defectos de carácter. (Véase el artículo II).

La inteligencia del hombre suple muchas veces las deficiencias de su educación; pero la mujer no puede hacer esto. La mujer es tal

como la educan, á menos que posea una buena reflexión y una clara inteligencia, cuyas facultades son en ella rarísimas.

La adulación halaga el ánimo de la mujer, originando en ella un constante deseo de agradar, un continuo afán por parecer bien, que viene á ser la nota más saliente de su carácter. Rara vez se limitan sus deseos á agradar á un solo hombre; ávido de emociones su corazón, gusta también despertarlas, aún en las personas que le son más indiferentes. Todo esto es á costa de sus nobles sentimientos, de su virtud y de su propia felicidad.

Con el uso del corsé y de incómodos vestidos, mortifican las mujeres su cuerpo, ocasionándose múltiples enfermedades; con el empleo de cosméticos marchitan su rostro juvenil, todo por aparecer más seductoras, por presentarse más bellas, por tener mayor atractivo.

Mientras tanto, nada para el alma. La materia se lo lleva todo, de ella únicamente se cuida y ella solo reclama cuidados, atenciones y desvelos. Pero... de nada de esto debe quejarse la sociedad; ella tiene la culpa de todo.

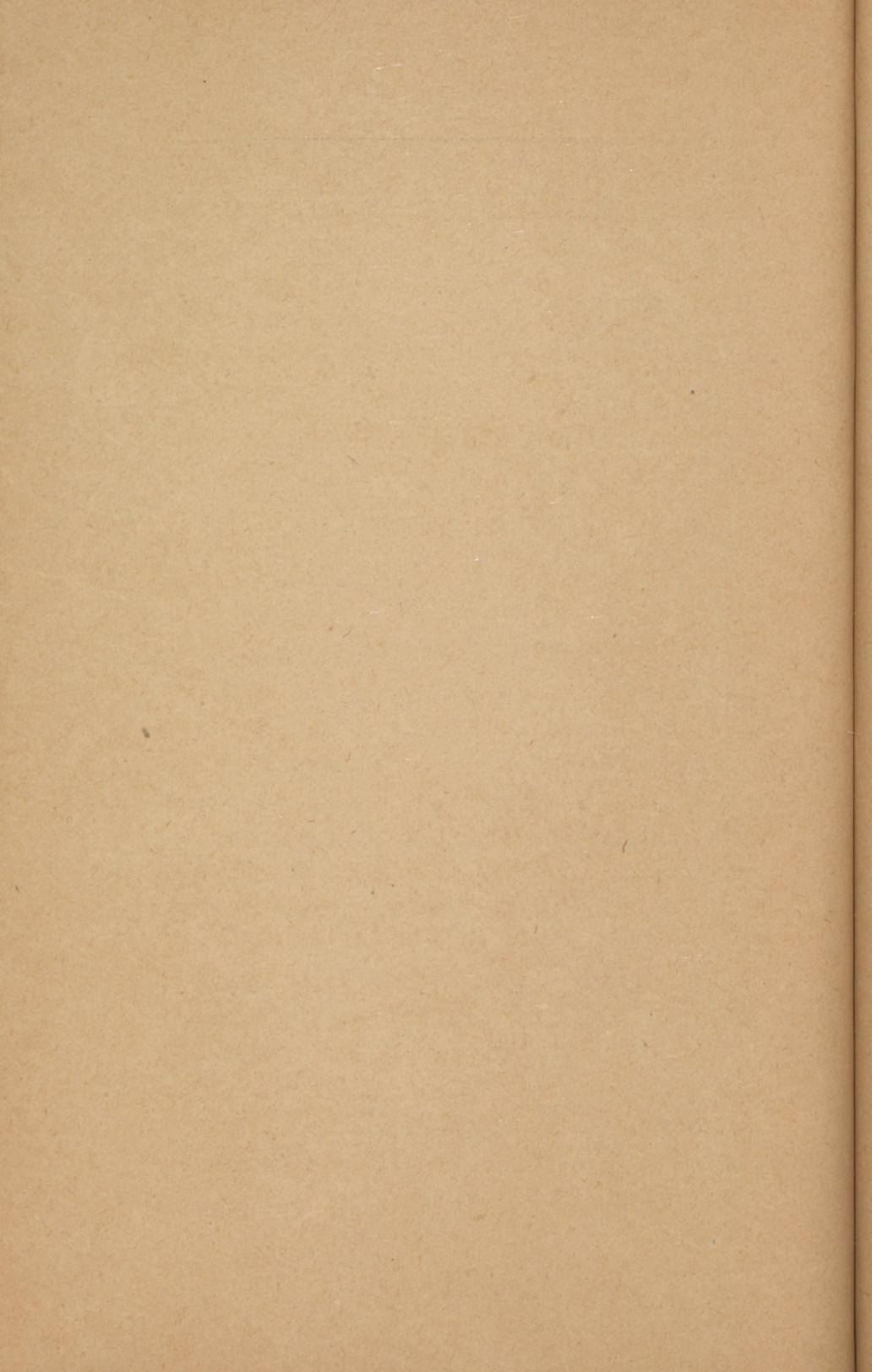
La coquetería es tanto más perjudicial, cuanto que ella dá pábulo á todo género de veleidades y destemplanzas; seca el corazón y hace huir del alma los nobles sentimientos.

No obstante esto, la sociedad rinde culto, en nuestros días, á este vicio, y hasta los padres de familia lo fomentan. A ninguna madre disgusta oír decir que su hija llamó la atención en tal ó cual baile; que allí hizo gala de sus gracias y que con sus atractivos trastornó el juicio á todos los jóvenes; lejos de desagradar esto á las madres, ellas se hinchan de placer y procuran que en otra reunión sea todavía mayor el lujo de sus hijas para aumentar sus encantos. ¡Pobre sociedad, la que labra entre goces su propia desgracia!

La vanidad, como amiga inseparable de la coquetería, comparte con esta el laurel de sus triunfos y le ayuda en sus empresas.

Cuando estos vicios se arraigan en el corazón de la mujer, no puede nacer en su alma el amor ni ninguna de las nobles pasiones. La afición al lujo, el afán por divertirse y todó género de frivolidades, se infiltran en su ser, haciéndola de carácter prosáico, caprichoso é interesado.

¡Pobre mujer! Esa misma sociedad que ayer realizaba sus encantos, esos mismos hombres que la adularon y que fomentaron sus vicios, al ver marchitas las galas de su juventud, no tienen para ella otra recompensa que el desprecio.





ARTÍCULO XXI

Sensibilidad moral.

En los caracteres de los individuos se observan dos tendencias ó determinaciones opuestas: unos, queriendo prescindir de la materia, aspiran solo á satisfacer necesidades del alma; otros, por el contrario, despreciando cuanto se relaciona con su ser moral, solo procuran tener satisfechas las necesidades físicas ó corporales. En los primeros predomina el espíritu sobre la materia; en los segundos predomina el cuerpo sobre el alma.

Las personas insensibles, frías ó indiferentes á los goces y sufrimientos del alma, apenas sienten en su ser otra cosa que los impulsos de la materia; sus pasiones, sus deseos, sus goces, vienen á reducirse á verdaderos apetitos y en todas sus obras influye directamente la satisfacción de alguna necesidad corporal.

Los individuos sumamente sensibles á los hechos psicológicos, miran con desdén las necesidades del cuerpo, circunscribiendo todos sus anhelos, todos sus deseos y esperanzas en goces ó satisfacciones del espíritu. Puros en sus pasiones, apenas sienten la sensualidad y la concupiscencia, y dando siempre preferencia á lo subjetivo, sacrifican muchas veces las mayores necesidades físicas para satisfacer goces del alma.

El espiritualista don Quijote con sus visiones fantásticas, sus amores platónicos y sus quiméricos sueños, y el positivista Sancho en su amor al reposo regalado y su deseo por lograr una vida tranquila y llena de comodidades materiales, son los dos tipos perfectos de las tendencias de carácter que acabamos de describir.

Estando formado nuestro ser de dos elementos, uno espiritual y otro corpóreo, es natural que el hombre experimente los impulsos de las dos partes que le forman. El excesivo predominio de cualquiera de ambos elementos, ha de ocasionar seguramente una marcada decadencia en el otro, lo cual puede redundar en perjuicio del alma ó del cuerpo. Sin embargo, el predominio del espíritu sobre la materia dá al individuo determinados rasgos de nobleza y des-

interés que le elevan sobre las miserias humanas, al paso que la insensibilidad del alma y la preponderancia de la materia rebaja y envilece al hombre, asemejándole á los irracionales.

La dualidad de elementos que forman nuestro ser, ocasiona en nosotros dos órdenes distintos de tendencias ó inclinaciones. El amor á la virtud, el deseo de saber y de felicidad, la tendencia hacia lo bello, son manifestaciones de nuestra alma; la necesidad de alimentos y bebidas, el sueño, las excreciones y otras funciones orgánicas, son verdaderas manifestaciones de nuestro cuerpo.

Las necesidades del cuerpo son en su mayoría indispensables, como son necesarias las del espíritu; pero la nobleza que reviste siempre á estas últimas, las hace superiores y nos indica que sin despreciar nuestras necesidades físicas, debemos dar preferencia á las puras y elevadas aspiraciones de nuestra alma.





ARTÍCULO XXII

La imaginación.

En medio de las soledades, entre las tristezas de la vida, seríamos doblemente desdichados si no tuviéramos poder para recordar tiempos mejores, y representarnos, casi siempre exagerando, en nuestra mente imágenes halagüeñas, épocas felices que quedaron grabadas en nuestro corazón.

Por medio de la facultad llamada imaginación ó memoria imaginativa, el hombre no solo reproduce lo que vió á manera de un aparato fotográfico, sino que también, alterando ó combinando, según su voluntad, los hechos observados por él, forma verdaderas creaciones, inventa nuevas imágenes á las que presta colorido y animación al calor de su espíritu.

A este poder de la imaginación deben su vi-

da las bellas artes, cuyos productos no son otra cosa que hechos reales alterados por la fantasía y presentados por el artista en el punto de vista de su belleza. Cuando la imaginación llega á crear obras que nos impresionan hondamente por lo nuevo y lo grandioso de su fondo y lo bello y perfecto de su forma, entónces esta facultad recibe los nombres de *génio artístico*, *feliz inventiva*, *númen* ó *inspiración*.

La imaginación, además de dar vida á las bellas artes, ameniza la ciencia templando la aridez y monotonía de la razón pura; interviene en las artes industriales y mecánicas, dando lugar á veces á grandes descubrimientos; facilita las narraciones dando brillantez y colorido á la expresión, y distrae al hombre explicando los sueños, las manías, el delirio y otros hechos psicológicos.

Adviértese, sin embargo, que la imaginación es sumamente perjudicial cuando obra por sí sola, pues ella puede hacernos víctimas de grandes errores ó funestos desvaríos.

Cuando la fantasía obra sin tener por guía la razón, cuando la imaginación juzga por sí sola los hechos, es una facultad desconcertada, quimérica y desastrosa. Ella es capaz de impulsar al hombre hacia los mayores desatinos, hace concebir planes imposibles, forja monstruos,

nos engaña y juega frecuentemente con nosotros, haciéndonos víctimas de quiméricos sueños, dejándonos caer en el delirio y ocasionando á veces la verdadera locura.

Al calor de esta facultad suelen nacer las supersticiones, muy frecuentes en las personas ignorantes de casi todos los países meridionales.

En las obras artísticas, la imaginación abandonada á sí misma, sin tener el freno de la sana razón, solo puede crear monstruos y extravagancias que están casi siempre en pugna con el buen gusto y los nobles sentimientos. El artista debe tener esto presente para no dejarse llevar, en sus creaciones, de *la loca de la cara*, nombre con que designó á la imaginación un notable filósofo.





ARTÍCULO XXIII

La reflexión.

Por medio de la reflexión el hombre examina sus cualidades interiores y observa los hechos ó fenómenos que se desarrollan en su espíritu.

Careciendo el hombre de esta facultad, resultaría que, pudiendo observar lo que pasa á su alrededor, sería impotente para conocer lo que se verifica en su alma: seríamos entonces víctimas de una ceguera cruel; pues poco nos serviría ver el mundo que nos rodea, si no podíamos vernos á nosotros mismos.

La reflexión nos hace apartar la atención del mundo exterior ó físico para observar cuanto ocurre en el mundo interior ó psicológico, cuyos hechos, aunque no son perceptibles por medio de los sentidos corporales, son, para nos-

otros, tan ciertos y evidentes como los que se verifican á nuestro alrededor, si bien su observación se hace más difícil.

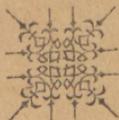
Por medio de una reflexión firme y bien dirigida, el hombre puede conocerse á sí mismo, apreciar sus propias cualidades y aptitudes, sin presunción ni pusilanimidad, y juzgar con acierto de las facultades y dotes morales de los demás hombres; pues para conocer á nuestros semejantes es necesario primero conocer bien las exigencias, las flaquezas y las inclinaciones de nuestra propia alma.

Siendo el *nosce te ipsum* un importante precepto y la mayor obligación que tiene el hombre para consigo mismo, la reflexión viene á ser una función importantísima, una facultad preciosa que influye no poco en nuestras costumbres, en los rasgos de nuestro carácter, en nuestros sentimientos y en casi todos los actos de nuestra vida.

Los individuos en quienes predomina esta facultad son prudentes, sensatos y virtuosos; pero si el ejercicio de la reflexión es muy sostenido, postra al hombre en una distracción habitual que le impide notar muchos hechos que pasan ante sus propios ojos, y en ocasiones le hace aparecer como grosero, desatento ó necio.

Prescindiendo de este inconveniente que tie-

ne la reflexión cuando es demasiado continua, ella es una facultad de gran valor, por cuanto nos hace conocer nuestras propias inclinaciones, aptitudes, vicios y defectos de nuestro carácter. La reflexión hace muchas veces prudentes y sociables á las personas que recibieron en su niñez una educación deficiente.





ARTÍCULO XXIV

Talento y gènio.

Cuando el hombre posee una inteligencia clara y capaz de comprender y juzgar la bellezada realizada por otros; cuando bebiendo en las fuentes de la verdad, escoge con acierto las principales ideas y les dá en su entendimiento nueva forma, expresándolas con lenguaje propio ó dándolas á conocer bajo distinto aspecto que lo hicieron otros que de las mismas se ocuparon, podremos decir con propiedad que el individuo que tal realice tiene *talento*.

Si el hombre dotado de facultades superiores descubre nuevas verdades no vislumbradas por otros; si despreciando el camino trillado, recorre nuevas y no descubiertas sendas; si concibe planes sorprendentes y originalísimos; si acomete empresas extraordinarias, triunfando

con suma habilidad de las mayores dificultades; si realiza obras que aun los hombres de talento juzgan temerarias ó imposibles, entonces posee lo que se llama *génio*.

El talento puede considerarse como una larguísima escala cuyo grado más alto es el *génio*.

El considerable desarrollo de la inteligencia ó de alguna otra importante facultad, puede dar origen al talento.

El incremento excesivo y asombroso de cualquier facultad superior, es el que origina el *génio*; Aristóteles, Descartes, Platón, Leibnitz, Sócrates, Pascal, Newton, Arquímedes y Pitágoras, están considerados como *génios* por su profunda y extraordinaria inteligencia; Dante, Shakspeare, Homero, Cervantes, Miguel Angel y Rafael, por su fecunda y maravillosa imaginación; Julio César, Alejandro Magno y Napoleón, por su voluntad enérgica, firme é inquebrantable; Lord Byron, Petrarca, Bellini y Donizetti, merecen también aquel dictado en virtud de su exquisita y extraordinaria sensibilidad.

El *génio* no supone una capacidad absoluta para toda clase de conocimientos. *Génios* asombrosos para ciertas materias son hombres vulgares y hasta negados en otras.

Esto, lejos de ser raro, es natural, pues hay facultades que no pueden existir en un alto gra-

do de desarrollo en el mismo individuo, por razón de que el predominio de la una excluye la otra: quien posea la esquisita sensibilidad del artista no podrá tener la firme é inquebrantable voluntad del guerrero; un talento generalizador no puede poseer el espíritu de análisis y la exactitud minuciosa que necesita el matemático.

El excesivo desarrollo de una facultad á costa de todas las demás, dá al carácter ciertos rasgos de locura; de lo que proviene que algunos crean que el génio trastorna las facultades mentales. Nada tiene de extraño que una extraordinaria sensibilidad ó una imaginaci6n demasiado fecunda, dificulte el ejercicio de la razón; pero no debe deducirse de esto que sean hermanos inseparables el génio y la locura.

Cada individuo debe apreciar y conocer sus propias fuerzas intelectuales; cada hombre debe elegir carrera ú oficio de conformidad con sus facultades y su vocaci6n.

Nadie debe considerarse desdichado porque su inteligencia no pueda acomodarse al estudio, pues á quien Dios priva de ciertas facultades le dá en cambio otras.

El afán inmoderado que se ha desarrollado en España por los estudios académicos, es una de las causas que mantienen la decadencia de nuestro país. Útiles son siempre los hombres de

ciencia, pero hoy necesita nuestra nación más que nada, hábiles mecánicos, activos é inteligentes industriales que hagan salir á nuestro comercio del estado de decadencia en que se halla.





RESÚMEN

Vivir bien, es cosa sencillísima cuando se comprende á fondo el valor de estas palabras; lograr la felicidad es empresa fácil para quien conoce el verdadero camino que á ella conduce.

El que sepa ambas cosas, caminará firme y sereno sobre las miserias humanas, sin que nunca lleguen los salpicones del lodo mundanal á humedecer su cuerpo, pues este estará cubierto con el traje de la virtud, que es impermeable.

FIN



ÍNDICE

de los artículos que forman esta obra.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.	I
Preliminares. —Artículo I.—La paz del alma.	1
Artículo II.—Educación psicológica en ambos sexos.. . . .	5
Artículo III.—El castigo material y el castigo moral.	9
Artículo IV.—Sexos.	13
Artículo V.—Edades y temperamentos.	17
Pasiones. —Artículo VI.—Generalidades.	25
Artículo VII.—El amor.	29
Artículo VIII.—Los celos.	35
Artículo IX.—La ambición.	39
Artículo X.—Amor á Dios.	41
Artículo XI.—Amor paternal.. . . .	45

ÍNDICE

	Páginas.
Artículo XII.—Malas pasiones.	49
Influentes animicos. — Artículo XIII.— Las diversiones.. . . .	53
Artículo XIV.—Los espectáculos públicos.. . . .	55
Artículo XV.—El hogar.	57
Artículo XVI.—Las novelas.	61
Artículo XVII.—El matrimonio.. . . .	65
Artículo XVIII.—La soledad.. . . .	71
Artículo XIX.—Placer y dolor.	75
Artículo XX.—Vanidad y coquetería.	79
Artículo XXI.—Sensibilidad moral.	83
Artículo XXII.—La imaginación.	87
Artículo XXIII.—La reflexión.	91
Artículo XXIV.—Talento y génio.	95
Resúmen.	99

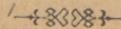




TABLA ALFABÉTICA

de las materias contenidas en el texto.

Págs.		Págs.
A dolescencia.		Diversiones.. . . .
18		53
Ambición.		Dolor material.. . . .
39		76
Amor á Dios.		E dades.
41		17
Amor paternal.. . . .		Educación psicoló-
15		gica.
Amor sexual.		5
29		Envidia.
B ailes.		49
54		Espectáculos públi-
Belleza moral.		cos.
31		55
Bilioso (tempera-		F elicidad en la tie-
mento).		rra.
22		1
C asa ú hogar.		Fortaleza en amor.
57		37
Castigo material.		G alantería.
9		30
Castigo moral.		G énio.
11		95
Celos..		H ijos.
35		46
Coquetería.		Hombre.
79		14
D esengaño.		I dealismo.
33		83
Distracción.		
92		

TABLA ALFABÉTICA

	Págs.		Págs.
Imaginación.	87	Positivismo.. . . .	83
Infancia.. . . .	17	Prólogo.. . . .	I
Ira.	50	Puericia.. . . .	18
L aboriosidad.	51	R eflexión.	91
Linfático (tempera- mento).	22	Resúmen.	99
Lujuria.	49	Rigor en castigo. . .	10
M alas pasiones.	49	S anguíneo (tempe- ramento)..	21
Matrimonio.	65	Sensibilidad moral.	83
Misantropía.	73	Sexos..	13
Mujer.	14	Sociabilidad.	71
Música.	56	Soledad.	71
N ervioso (tempera- mento).	21	Sufrimientos mora- les..	77
Novelas..	61	T alento..	95
O ciosidad.	50	Teatro	55
P adres.	45	Temperamentos. . . .	21
Paseos.	58	V anidad..	79
Pasiones.	25	Vejez.	20
Paz del alma.	1	Vida..	77
Placeres..	75	Virilidad.	20
Poligamia y polian- dria.	68	Vocación.	7y97

